

Desde la  
**biblioteca**

PRIMERAS VECES



# Desde la **biblioteca**

## PRIMERAS VECES

Mauricio Vanegas Gil  
Ricardo Silva Romero  
Luis Miguel Rivas  
Cristian Valencia  
César López  
Freisman Toro  
Cenedith Herrera Atehortúa  
Harold Trompetero  
Carlos Andrés Gómez Rodas

---

Desde la Biblioteca / Institución Universitaria ITM. Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural. n.º. 63 (2024). -- Medellín: Institución Universitaria ITM, 2024

80 p. : il.

ISSN p: 0123-8094

ISSN-e: 2346-3104

1. Vanegas Gil, Mauricio; Silva Romero, Ricardo; Rivas, Luis Miguel; Valencia, Cristian; López, César; Toro, Freisman; Herrera Atehortúa, Cenedith; Trompetero, Harold; Gómez Rodas, Carlos Andrés
2. Primeras veces. Institución Universitaria ITM. Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural.

Catalogación en la publicación – Biblioteca ITM

---

**RECTOR**

Alejandro Villa Gómez

**DIRECTOR EDITORIAL**

Mauricio Vanegas Gil

**COORDINADORA EDITORIAL**

Clara María Mejía Zea

**CORRECCIÓN DE TEXTOS**

Olga Lucía Muñoz López

Martha Cecilia Caballero Jerez

**DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO**

Manuela Escobar Ortiz

Marcela Londoño Agudelo

Mauricio Raigosa Álvarez

**SOLICITUD DE CANJE**

Biblioteca ITM

Calle 75 n.º 75-101

Medellín, Colombia

<https://www.itm.edu.co/biblioteca/>

[biblioteca@itm.edu.co](mailto:biblioteca@itm.edu.co)

Teléfono: 604 440 5100 Ext. 5164

**©Sello Editorial ITM**

Teléfono: 604 440 51 00 ext. 5197

<http://catalogo.itm.edu.co>

[editorialitm@itm.edu.co](mailto:editorialitm@itm.edu.co)

**Impresión:**

Divegráficas S.A.S

Carrera 50 n.º 35-62

Teléfonos: (604) 3225096 | 3117336021

[divegraficas@gmail.com](mailto:divegraficas@gmail.com)

Medellín, Colombia

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA ITM | Vigilada Mineducación. Reconocimiento de carácter académico: Resolución 6190 del 21 de diciembre de 2005, Mineducación. Reconocimiento de personería jurídica: Decreto 180 del 25 de febrero de 1992, Minjusticia. Renovación acreditación institucional de alta calidad, 8 años: Resolución 013595 del 24 de julio de 2020, Mineducación.

DESDE LA BIBLIOTECA vincula la ciencia, la tecnología y el arte para promover la cultura científica, tecnológica y artística mediante la selección y divulgación de textos fundamentales.



# Contenido

PRESENTACIÓN.....	7
MAURICIO VANEGAS GIL .....	10
Sobre el leer y el escribir	
RICARDO SILVA ROMERO .....	16
ABC	
LUIS MIGUEL RIVAS .....	22
¡Usted no sabe quién voy a ser yo!	
CRISTIAN VALENCIA .....	34
Mis primeros Llanos	
CÉSAR LÓPEZ .....	42
La guitarra de mi padre	
FREISMAN TORO .....	52
Mi primera vez con un extraño amor	
CENEDITH HERRERA ATEHORTÚA .....	60
Mi primera vez como actor de teatro	
HAROLD TROMPETERO .....	66
Me empeliculé	
CARLOS ANDRÉS GÓMEZ RODAS .....	74
El país más hermoso del mundo	

Desde la  
**biblioteca**

# Presentación

**D**esde tiempos antiguos, los humanos avanzan a golpe de primeras veces que, relacionadas en un contexto cronológico, permiten dilucidar algunas de las grandes etapas evolutivas de la sociedad: hubo una primera vez en que alguien encendió un fuego, se inventó la rueda, hizo luz con una bombilla, creó la imprenta y, con una moderna pantalla de computador, logró comunicar al mundo. ¡Qué maravilla!

Esas primeras veces cambiaron la historia de la humanidad y lo siguen haciendo a través de grandes o de pequeñas acciones. ¿Quién no recuerda la primera vez que dio un beso, cómo fue su primer día de trabajo o cómo fue la primera vez que leyó una página de su libro favorito? Eso es, precisamente, lo que narra la presente edición de *Desde la biblioteca 63. Primeras veces*, en la que nueve autores, entre escritores, músicos, cineastas y artistas, relatan las primeras experiencias con su oficio y algunos de esos momentos que marcaron su destino.

Hay primeras veces inolvidables, incómodas, divertidas, poderosas, amorosas, dolorosas, etcétera, que son imposibles de borrar de la memoria. Por ejemplo, el escritor Mauricio Vanegas relata cómo la literatura irrumpió en su vida por un «golpe de suerte» cuando un estante lleno de libros le cayó encima y desde entonces se volvió adicto a la lectura.

El reconocido autor Ricardo Silva recuerda que su primera aventura con la escritura ocurrió cuando un amigo del kínder le pidió que escribiera una carta de amor para su mamá y cómo esa sencilla petición hizo que pasara de ser un niño tímido, con vocación de dibujante, a escritor.

En «¡Usted no sabe quién voy a ser yo!», Luis Miguel Rivas, reconocido autor de *Era más grande el muerto*, narra la primera vez que apareció en el periódico *El Colombiano* tras ganar el segundo lugar en un concurso de cuentos y con el premio se pegó un par de borracheras.

Asimismo, el escritor samario Cristian Valencia describe con detalle su primer viaje a los Llanos Orientales, una región que solo conocía a través de las peripecias de Arturo Cova y Alicia, «desafortunados» protagonistas de *La vorágine*.

El músico César López, en un conmovedor relato, nos cuenta qué fue de la vieja guitarra que su papá, un músico aficionado, mandó a traer de París en 1979, con la que él aprendió a tocar sus primeros acordes. Ese instrumento salió de su casa durante varios años y después regresó. ¿Qué pasaría?

Por su parte, el escritor Freisman Toro comparte un entretenido relato de la primera vez que navegó por internet con las enseñanzas de una «rubia y elegante secretaria» con quien hizo *match* a primera vista.

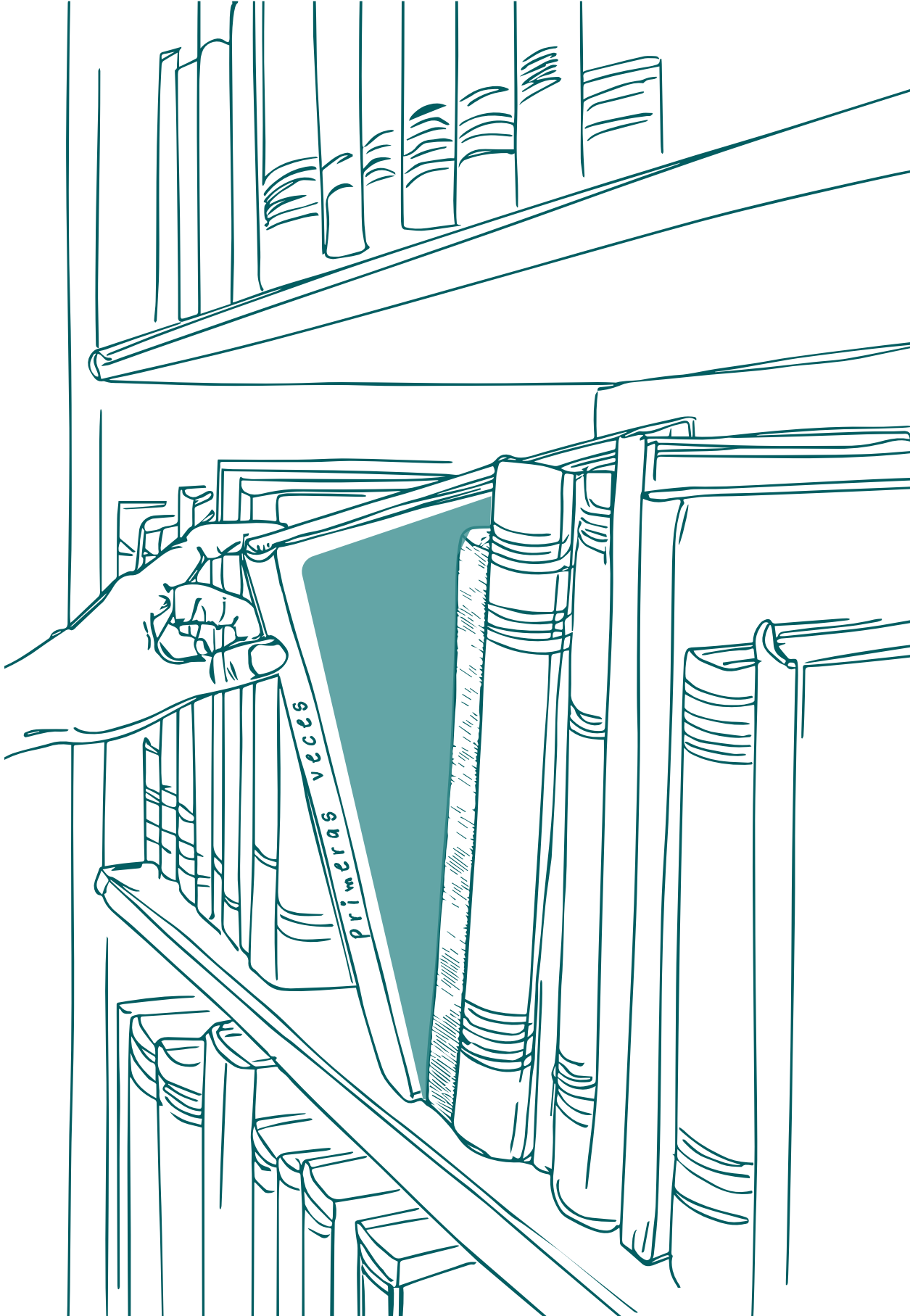
A Cenedith Herrera Atehortúa, líder de Patrimonio de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, el teatro le «salvó la vida» y le dio la oportunidad de contar, con su cuerpo y con su voz, historias que alegraron la vida de los espectadores.

El cineasta Harold Trompetero no olvida su primer encuentro con Gabriel García Márquez y cuenta que sintió mariposas en el estómago al entrar en la casa del Nobel en México y descubrir su imponente biblioteca.

Por último, el filósofo Carlos Andrés Gómez recuerda que el primer libro que leyó fue *El país más hermoso del mundo*, de David Sánchez Juliao y ahí germinó una «semilla de amor por la literatura», y se enamoró aún más de Colombia.

Y ahora usted, querido lector, tendrá la oportunidad de disfrutar por primera vez con esta nueva edición de *Desde la biblioteca 63*, que promete despertar su pasión por nuevas experiencias, sacarle una sonrisa y antojarlo de seguir leyendo. Esta será una *primera cita* que esperamos no olvide.

**Editorial ITM**  
Octubre de 2024



Primeras veces

# Mauricio Vanegas Gil



Foto: archivo personal.

---

Aspirante al título de doctorado en Educación, máster en Escritura Creativa, antropólogo y pedagogo. Catedrático de educación superior y director operativo de Biblioteca y Extensión Cultural de la Institución Universitaria ITM, tallerista de Literatura de la Red Nacional —Relata— desde 2021. Escritor, cuentista, ensayista y narrador oral del colectivo CuentoAparte (Medellín). Autor de los libros: *Hoy he querido hablar de amor* (Editorial Uniclairetiana, 2019), *El atlas de la memoria* (Editorial Uniclairetiana, 2022) y *Contando ovejas y desvelos* (Fondo Editorial IUE, 2022). Ganador de los premios: Estímulos del ICPA 2022, Premio Nacional de Literatura CERLALC 2022 y Concurso Nacional de Cuento Relata 2021. Con representaciones nacionales e internacionales de cuentería y literatura.

# **Sobre el leer y el escribir**



---

**U**n día cualquiera, la literatura irrumpió en mi vida de golpe una mañana, cuando un estante de libros cayó sobre el niño que solía ser y que por mucho tiempo fui. El accidente, derivado de una mala acomodación, la injerencia del viento y alguna especulación trascendental sobre los libros, pasó sin dejar cicatriz alguna. Solo mi madre recuerda ese incidente y me lo ha relatado en diversas ocasiones con algún drama que deforma la realidad para el nacimiento del relato. Este será, para mí, el primer evento canónico de lo que marcó una estrecha relación con la literatura.

Luego vino la memoria, edificada por episodios sin conexión, por sorbos como un licor muy fino. Creo que toda persona debería buscar por terapia cuál fue su primer recuerdo, el mío va más o menos así: la amplia sala de mi casa reflejando una luz de atardecer soleado, unas dilatadas y finas líneas de lápiz imitando círculos y semicírculos sobre el baldosín color pastel, un lápiz con la punta caliente en un niño de unos tres o cuatro años, una mamá con gesto de sanción por los rayones inadecuados.

Yo soy ese niño, ella es la misma mamá que en la escena anterior me salva de los malvados libros, el lápiz es mío; pero en realidad no recuerdo haber hecho esa obra de arte abstracta en el piso, quizás fue ese yo que era antes de la aparición de la memoria, pero no sé si esa inconsciencia se traduzca en mi inocencia. Así empecé a escribir, inconsciente, mal y a escondidas.

Luego vino la escuela con sus propios desafíos, en la primera clase aprendí de geopolítica y fronteras, cuando discutí con un compañerito sobre la posición de las loncheras. Aprender cómo los círculos y palitos se van convirtiendo en letras y las letras en imágenes, la correcta posición de la «P», si la «f» minúscula va sobre el renglón o debajo, la «m» con la «a» *ma*, la «m» con la «e» *me* y ese tipo de castraciones a las que muchos fuimos sometidos sin denuncia. En general, la escuela me alejó de la relación que había tejido a fuerza de golpes y regaños con la literatura.

Leí *Platero y yo* (Juan Ramón Jiménez)... odié a ese burro, al autor y al libro, sospecho que no es culpa de ninguno, sino de la obligación de leer para pasar a bachillerato. Pero el cine tenía su encanto. Algún día fui al parque que quedaba a dos cuadras de mi casa a buscar a uno de mis hermanos mayores y me encontré con una pantalla gigante con la reproducción de una película llamada *La historia sin fin* (Wolfgang Petersen, 1984). La imagen del Comerrocas gigante aún me persigue en momentos de éxtasis creativo, olvidé a mi hermano, a mi familia, a Platero y me sumergí por primera vez en una película que nunca olvidaré; cuando volví a la realidad, mi hermano me había encontrado

—el mismo que yo había ido a buscar— y lo vi entre las lágrimas, conmovido por la historia de Atreyu. Luego conocí el libro de Michael Ende en el que fue inspirada, mi película mental superó por mucho la que pude ver.

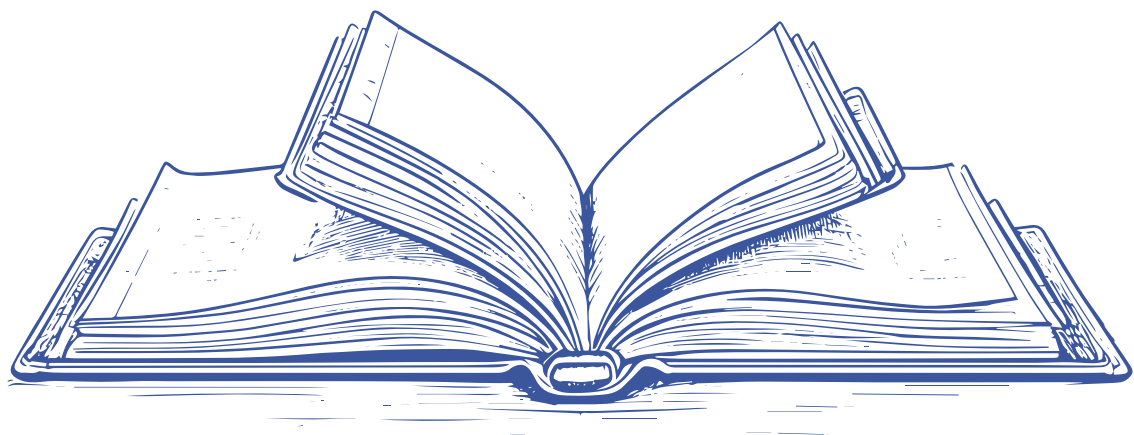
Con la adolescencia sentí el inclemente deseo de escribir a la chica que me perturbaba los días de estudio y se escondía bajo una barrera de timidez. La biblioteca, ese lugar custodiado de bostezos, me presentó por primera vez a Mario Benedetti y con él, al poema «Táctica y estrategia», mi primer intento de fraude que cristalizó de tantas maneras los diversos arrebatos de tratar de resolver con un texto lo que no me permitían las palabras o la distancia. Los libros seguían ahí, a la espera de un descuido para abrumarme, y a través de la poesía me fui metiendo en un laberinto: Lord Byron, Novalis, Baudelaire, Pizarnik, César Vallejo, Machado, Rubén Darío, Whitman, Jattin, Borges... laberinto del que no he podido salir.

Alguna vez creí que el tiempo dedicado a la poesía no se traduciría necesariamente en conocimiento, entonces usé el hilo de Ariadna de la narrativa para escapar de su paso y su influjo. Aparecieron Tolkien, García Márquez, Eco, Saramago, Sábato, tantos otros y en tan determinados momentos que la lista sería interminable, como la historia de Michael Ende. Aprendí primero a defenderme del ataque de los libros, a trazar Líneas de Nazca en la sala de mi casa y nunca supe en qué momento me volví uno con la literatura. Mis anécdotas cotidianas se iban llenando de narraciones épicas que matizaban por hacer más soportable la vida de un joven en el contexto colombiano de una década violenta.

A mí me fue salvando la literatura. Después de ser un lector inconsciente, un día decidí ser escritor inconsecuente, como una forma de excusarme románticamente de mi natural dificultad para socializar. El puñado de amigos cercanos me vieron entregado a perder el tiempo tratando de escribir, al principio poesía; pero para el bien de la poesía y de mí mismo, alguna noche decidí no volver a intentar o «cometer un poema», pretendí entonces contar una historia, quizás la misma, pero de formas distintas. Con el tiempo, me pareció identificar una voz, una polifonía de muchos autores, pero en algunos solos aparecía tenue mi propia voz. El presente se traduce para mí en trabajar, comprar, vender, corregir, leer, acumular y escribir libros. El laberinto se ha cerrado, quizás para siempre, sobre mí.

Hay quienes dicen que uno escribe porque le falta algo para leer, luego se lee y ante el intento, sigue escribiendo

hasta que alguien reconoce la dimensión en el papel lacerado y lo exalta a su función última del anonimato; creo que esa fue mi experiencia, un bienintencionado lector traído por el azar me motivó al intento y cometí la osadía de creerle, y desde entonces doy vueltas al equívoco. Lo reconozco, lo que empezó como un problema menor, hoy es un serio problema de adicción, la culpa es del librero, del amigo que me regala libros o simplemente del distribuidor, un bibliotecario que me sonríe, conoce mi nombre y me augura un buen futuro; de este último desconfío, pero el problema no termina aquí, también escribo con menos frecuencia y ausencia de disciplina. No sé si espero reconocimiento, aún no lo decido, aunque siempre que lo intento pienso en los amigos; no sé si eso me salva, pero es el *modus operandi* de aquel que pacta con la soledad, resignifica el silencio y luego, al fin, comete el delito de leerse en voz alta.



# Ricardo Silva Romero



Foto: Camilo Rozo.

---

(Bogotá, 1975). Autor de las novelas *Relato de Navidad en La Gran Vía*, *Parece que va a llover*, *Historia oficial del amor*, *Autogol*, *Érase una vez en Colombia*, *Cómo perderlo todo*, *Río muerto* y *Libro del duelo*, entre otras. Es columnista de los diarios *El Tiempo* de Colombia y *El País* de España, y ganador del V Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana.

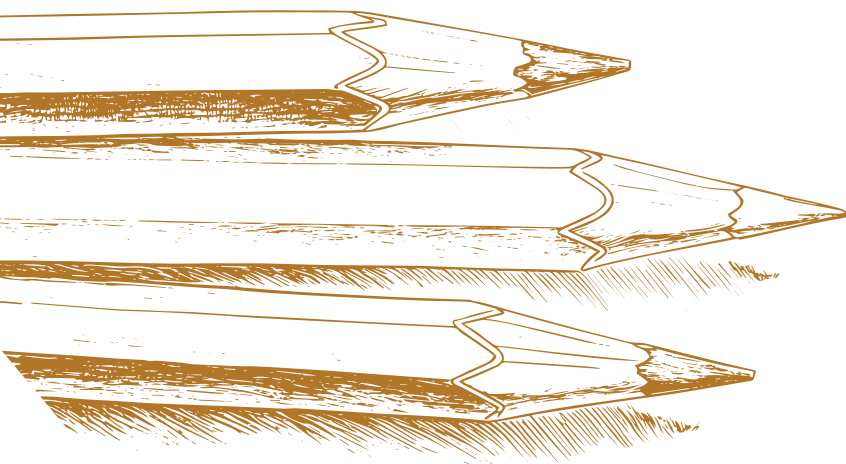
**ABC**



---

**Y**o lo que quería era dibujar. Si aprendí a escribir tan pronto, antes de entrar al colegio, fue porque me gustaba cómo se veían en los cuadernos las letras bien hechas. No sé cuándo fue la primera vez que traté de conseguir algo con las palabras, pero recuerdo perfectamente —puedo verlo— el mediodía en el que un compañero de kínder me pidió que me inventara una carta de amor para su mamá. No sé cuál era el lío. Sé que estábamos en una mesa aguamarina de madera, él y yo, mientras la gente sensata de 5 años jugaba en la arenera. Tengo claro que igual que hoy, a los 49, escribir a mano me producía verdadero placer. Mi papá leía los rasgos de la escritura porque acababa de comprar un libro sobre grafología. Y yo sabía que mi personalidad estaba en juego mientras hacía la a, la o, la i, la t, la g. Sigo teniendo esa letra.

Yo no tengo tan claro por qué, si tengo cierto talento para hacerlo, no me dediqué a pintar. No actúo ni toco piano, que algo de eso llevo por dentro, porque no tengo la disciplina ni el coraje. Pero sé que el primer cuento que escribí, una fábula de



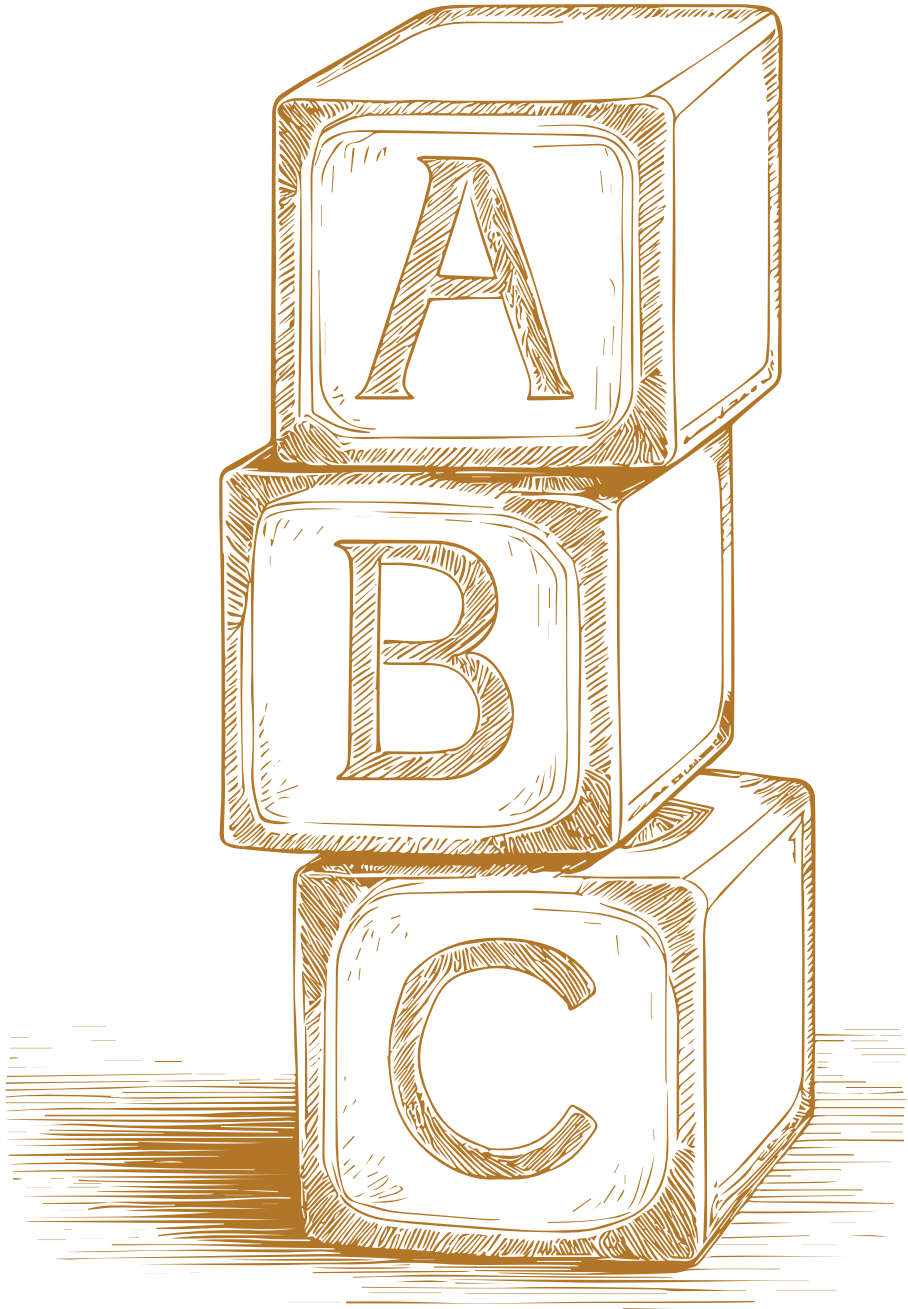
animales que se me ocurrió, a los 11, después de escuchar «Teresa y el oso» de Les Luthiers, me confirmó que el propósito de cualquier historia es establecer encuentros cercanos del tercer tipo —a punta de verdades y de chistes y de modos de decir lo que todos sospechamos— con los lectores. Se rieron de mi cuento, en el mejor de los sentidos, porque era un cuento de humor. Les pareció, además, bonito. Y la reacción me sonó tan pacífica, tan perfecta para un tímido con vocación de artista, que unos años después me metí al taller de letras del colegio —el taller de Pompilio Iriarte— a trabajar en serio en las ideas que se me ocurrieran.

Se me enseñó allí que, si la idea era seguir sirviéndole a un lector desconocido, todo texto tenía que ser eso: un tejido. Había que recoger al final lo que se sembraba al principio. Había que comenzar con una primera oración, con vocación de verso, como una declaración de principios sobre lo que iba a ocurrir en esas páginas.

Había que conducirlo todo, todo, como pasa en los sonetos, a la frase final. Había que ser libre, de paso, palabra por palabra, frase por frase.

Eso era, en fin, escribir. Yo lo asumí. Yo seguí esos consejos al pie de la letra. Diría que esa —la escritura de un cuento llamado «Cuento en blanco y negro»— fue mi última primera vez, porque desde entonces he estado trabajando para ese taller. Pero la verdad es que luego, como si se tratara de revivir una y otra vez el vértigo que se siente cuando uno da un paso hacia lo desconocido, vinieron mi primer artículo, mi primera entrevista, mi primer poema, mi primera obra de teatro, mi primera novela, mi primera reseña de cine y mi primera columna de opinión. Y entonces, cuando hice el segundo artículo, la segunda entrevista, el segundo poema, y así, noté que cada texto es una primera vez, sí. Qué raro es que se empiece de cero hasta el final, pero quién, que teja, puede dar por sentado el tejido que viene.

abc



# Luis Miguel Rivas

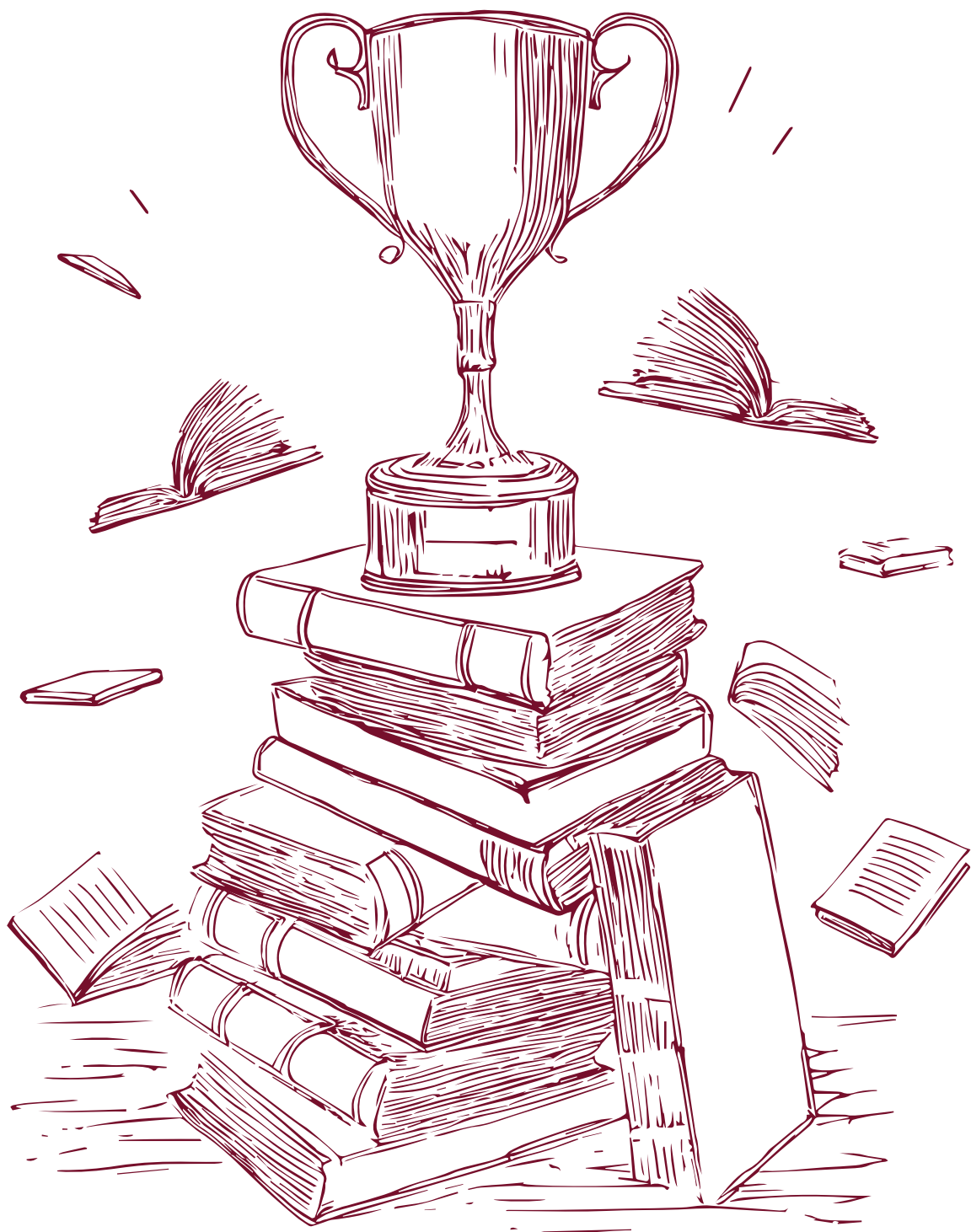


Foto: Carlos Mario Aguirre.

---

(Cartago, 1969). Antes de dedicarse de lleno a la escritura, trabajó como libretista y realizador audiovisual. Es autor de los libros *Los amigos míos se viven muriendo* (2007), *Tareas no hechas* (2014), *¿Nos vamos a ir como estamos pasando de bueno?* (2015), *Era más grande el muerto* (2017), *Malabarista nervioso* (2022) y *Más tareas no hechas* (2023), que incluye el artículo ¡Usted no sabe quién voy a ser yo! También es autor del poemario *Hoy no quiero metáforas*. Creció en Envigado, al sur de Medellín, y hoy vive y trabaja en Argentina.

**¡Usted no  
sabe quién  
voy a ser yo!**



**E**n octubre de 1996 quedé segundo en un concurso nacional de cuento y mi nombre salió en *El Colombiano*. Con el periódico en la mano busqué a mi mamá y puse la noticia ante sus ojos para que viera que eso que yo tanto hacía encorvado frente al escritorio, «en vez de estar haciendo algo provechoso», era un asunto importante que incluso los de *El Colombiano* valoraban. Le señalé el titular y puse el dedo índice en el renglón donde aparecía mi nombre.

—Ah, qué tan bueno— contestó sin mucho interés.

Al día siguiente la noticia salió ampliada, especificando lo que cada uno de los tres ganadores recibiría como premio. El segundo lugar se llevaba un millón de pesos. Volví donde mi madre y le mostré la nota señalando de nuevo mi nombre y la cifra. Ella miró los números, parpadeó, volvió a mirar con determinación y luego se volteó hacia mí con una sonrisa emocionada. Por poco me abraza.

—Eh, avemaría, es que yo sí tengo un hijo muy inteligente.

El millón de pesos se desmaterializó entre el pago de algunas deudas, la cancelación de una cuenta de luz atrasada y dos borracheras (mías, mi mamá no bebe). Pero la importancia de ese premio, más que el reconocimiento maternal, fue mi propio convencimiento de que lo que hacía tenía algún valor. Quedé pletórico, crecido, soberbio. Al año siguiente apareció la convocatoria de otro concurso nacional, este no tan importante a mi criterio, dirigido a trabajadores de todos los gremios. El ganador recibiría tres millones de pesos; el segundo, dos; y el tercero, un millón. Envié un relato que había escrito con un tono similar y con el mismo estilo de aquel que me había abierto las puertas de la gloria.

Semanas después llegó a mi casa una elegante tarjeta de invitación para la ceremonia de entrega de premios. El sobre personalizado, con mi nombre completo escrito a mano alzada, daba a entender la inminencia de una sorpresa que los organizadores no podían revelarme para no dañar el protocolo. Llegué muy puntual al teatro Porfirio Barba Jacob, sede del evento, y lo primero que encontré en la entrada fue a mi amigo Andrés Marcel, un hombre inteligente y buen lector, pero al que nunca le conocí pretensiones literarias. «¿Qué hacés aquí?», le pregunté extrañado. «Vine a la premiación», dijo con una sonrisa abierta, y un brillo de optimismo ingenuo en la mirada. Sentí pena por mi amigo y pensé en la incomodidad de recibir el premio al lado de alguien que tendría que salir con las manos vacías. Pero cuando el presentador empezó a leer la lista de ganadores,

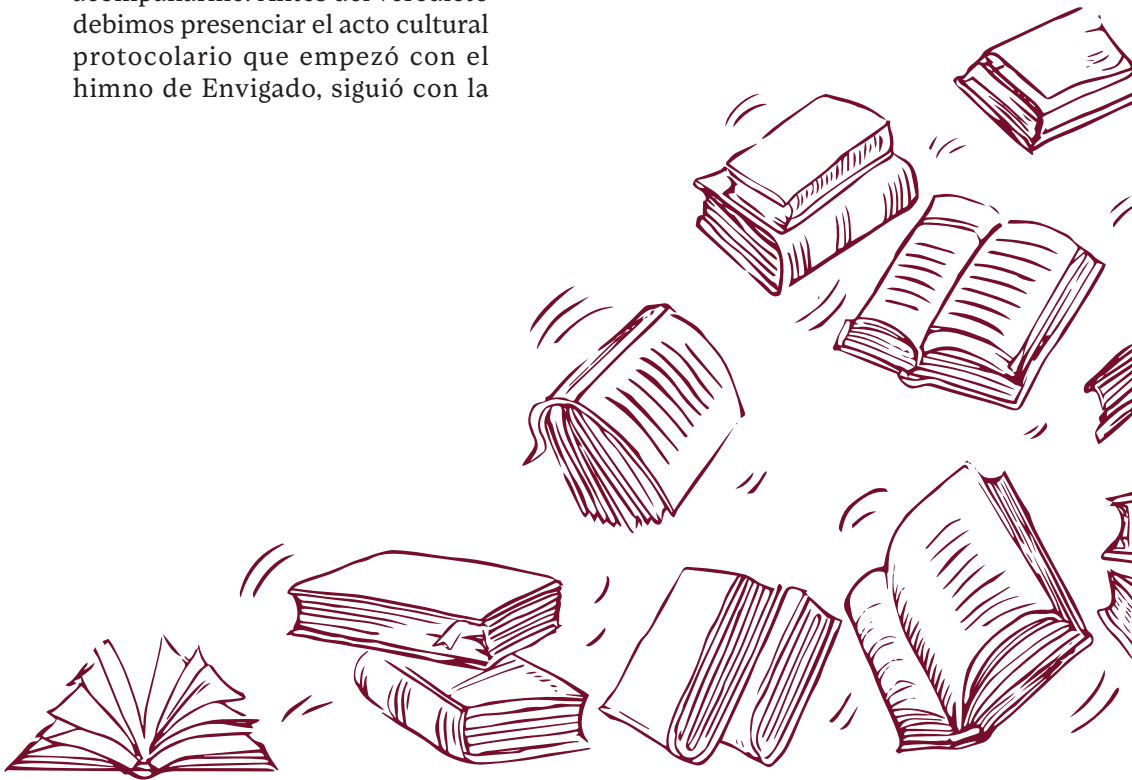
una idea tranquilizó mi conciencia: ¿qué tal si Andrés quedara entre los cinco primeros? Podríamos celebrar su reconocimiento y mi premio, como un equipo ganador. La voz del presentador pronunció el nombre del quinto puesto, que no era Andrés. El cuarto estaría bien, pensé mirando de reojo a mi amigo, pero el maestro de ceremonias anunció otro nombre. El tercer lugar lo ganó una señora de gafas que estaba a nuestro lado. Para los dos últimos premios decidí desentenderme de Marcel: ya lo había acompañado hasta aquí y no podía agriar mi momento por un encuentro fortuito a la entrada del teatro, que se hiciera cargo de su propia suerte. El segundo puesto lo obtuvo un calvo que estaba en la primera fila. Luego, el presentador carraspeó para generar un poco de dramatismo y yo empecé a ponerme de pie. En medio de un redoble de tambores que no supe de dónde provenía, el nombre del ganador, articulado sílaba por sílaba por la voz de locutor, quedó reverberando en el aire: ¡Andrés Marcel Giraldo! Mi amigo saltó de su silla y yo, que ya estaba de pie, lo imité mecánicamente; fingí una emoción que solo pude sacar de mi adentro manteniéndome en la idea de que habían dicho mi nombre. Abracé a mi amigo con una felicidad para la que tuve que recurrir al método de la memoria emotiva, y salimos cada uno para su casa porque Andrés tenía que madrugar al día siguiente y no podía celebrar.

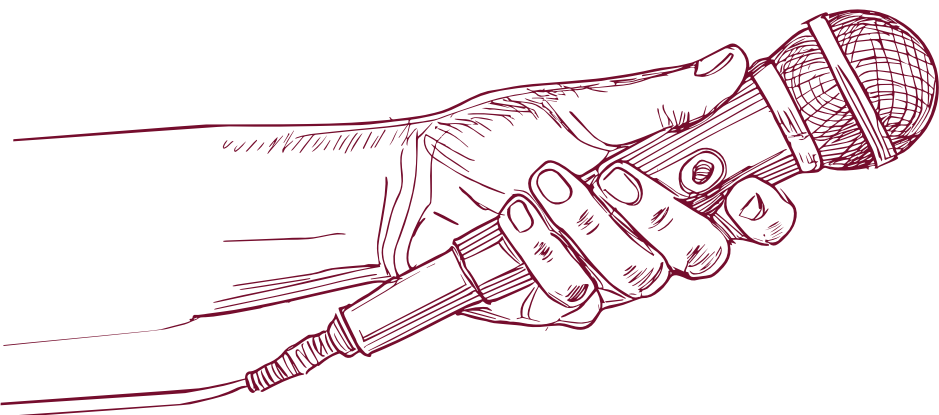
En los siguientes quince años solo volví a ganar plata con la literatura en dos concursos. El más memorable no fue el más prestigioso ni el de mayores ganancias, sino uno que

*¡Usted no sabe quién voy a ser yo!*

organizaba el periódico *La Piedra de la Ayurá*, en Envidado. Lo recuerdo con especial relevancia porque siempre atribuí ese premio más a la puntería que al talento literario. Los reconocimientos consistían en quinientos mil pesos en efectivo para el tercer puesto; un cuadro avaluado en cuatro millones de pesos, obra de un pintor vernáculo, integrante del Círculo Literario El Parnaso Envidadeño —entidad que junto con *La Piedra de la Ayurá* había organizado el concurso— para el segundo puesto; y otro flamante cuadro, avaluado en ocho millones de pesos, pintado por otro de los integrantes de El Parnaso Envidadeño, para el primer lugar. La noche de la premiación iba camino a la biblioteca municipal cuando me encontré a Sergio Restrepo en una esquina del parque. Me preguntó para dónde iba y como no tenía mucho que hacer se ofreció a acompañarme. Antes del veredicto debimos presenciar el acto cultural que empezó con el himno de Envidado, siguió con la

lectura que cada uno de los diecisiete integrantes de El Parnaso Envidadeño hizo de sonetos de su propia autoría, y siguió con el recital lírico de una dama, también perteneciente al Círculo Literario El Parnaso, acompañada en la guitarra por su hijo que adelantaba el segundo nivel de música en la Casa de la Cultura. Cuando se dio comienzo a la lectura del veredicto estábamos un poco cansados, pero me animé sabiendo que el premio que anunciarían en primera instancia sería al que yo apuntaba. Por única vez en mi vida ocurrió que la realidad se presentó tal cual yo la había nombrado antes de que ocurriera. No acababa de decir en mi mente: el tercer premio es para Luis Miguel Rivas por el cuento «Huid de la primera mirada», cuando el maestro de ceremonias repitió exactamente las mismas palabras.





Sergio y yo gritamos como si me hubiera acabado de ganar el Nobel, y luego de recibir el dinero en efectivo y esperar el final de la ceremonia salimos a celebrar con una borrachera que duró hasta el día siguiente y en la que se evaporó casi la totalidad de lo ganado.

No volví a ganar nada, pero seguí escribiendo relatos y poemas que leía a los amigos en las cantinas, las fiestas y las reuniones. Por esa época algunos conocidos empezaron a identificarme con el tío bohemio que cada uno de ellos tenía y que toda familia paisa tiene en su haber (junto con el cura, el emprendedor y el mafioso). El tío Eduardo, el tío Rogelio, el tío Ernesto, el tío Alberto: el que declamaba poemas del Indio Rómulo en las fiestas familiares, el que coleccionaba los suplementos culturales de los periódicos y escuchaba los programas de Radio Bolivariana. El que se quedó a vivir con la mamá cuando todos se fueron. Me lo decían, o me lo mandaban a decir, no como un homenaje a la personalidad alada de esos familiares simpáticos y menospreciados, sino

como queriéndome hacer caer en la cuenta de lo que yo era sin saberlo o de aquello en que iba a convertirme si seguía por el camino que iba. El mensaje en vez de ofenderme detonó la pregunta por mi realidad como escritor y despertó el interés por aquellos artistas domésticos con los que se me identificaba: poetas de barrio, soñadores sin obra conocida que en las reuniones familiares respondían a las indirectas de los hermanos prósperos con una arrogancia de cabeza agachada o con una soberbia endeble que alguna vez oí manifestarse en la frase: ¡usted no sabe quién voy a ser yo!

Busqué su cercanía. Conocí a Ramiro Pérez, solterón del barrio Boston, a quien su sobrino, un compañero de mi universidad, le pasaba a computador folios y folios de reflexiones filosóficas y novelas a medio camino que Ramiro iba garabateando sobre cuadernos escolares mientras le hacía los mandados a la mamá, en filas de banco y salas de espera de las oficinas de la EPS; supe también de Bernardo Ospina, tío de mi amigo Julián, poeta, cantante

y músico autodidacta, descartado prematuramente en las eliminatorias de Factor X y autor de un libro de versos autopublicado bajo el seudónimo de Constantino VIII, que varios familiares todavía conservan en el armario del comedor, junto a la enciclopedia Lexis 22; por mencionar algunos.

Bernardo, Ramiro y otros tenían asegurada la supervivencia porque vivían en casa de la madre o con una hermana, y ejercían su actividad espiritual de manera azarosa y a veces vergonzante; estaban demasiado atados a ese mundo prosaico al que no alcanzaban a pertenecer del todo y solo se acercaban a su arte mientras no se arriesgara la precaria comodidad en que se movían estrechos. Descubrí que, siendo como ellos de alguna manera, no alcanzaba a identificarme completamente con su condición.

Luego empecé a conocer artistas que trabajaban de día para ganarse la vida y pintaban, escribían o ensayaban, con metódica dedicación, en las noches y los fines de semana. Empleados, comerciantes y hasta empresarios exitosos, aplicados a su obra con disciplina y constancia. Muchos lograban resultados sólidos y hasta inspirados, pero yo sentía que en el fondo algo les faltaba. Tal vez un poco de irresponsabilidad y locura. Eran más paisas que artistas y es sabido que esas dos mentalidades no son conciliables: uno es paisa o es artista. Siendo yo también un poco como ellos, no lo era del todo.

Más tarde entablé contacto con los que podrían llamarse «artistas de tiempo completo»: narradores, pintores, poetas, músicos, escultores, bailarines, cantantes, actores y también gestores culturales (esas personas dedicadas a crear las condiciones para que las obras de los creadores se materialicen y sean difundidas), cuya vida estaba exclusivamente centrada en la realización de sus proyectos. No tenían familia que los sostuviera ni buenos puestos que les permitieran ganar bien para dedicarse al arte en los ratos libres. Vivían bajo la sombra de la convocatoria que se iban a ganar, del posible cliente para tal cuadro, del inminente patrocinio, siempre con la esperanza de los recursos que van a llegar y el terror de las facturas pendientes. Eran los que Tonio Kröger, el personaje de Thomas Mann, llamaba con una mezcla de desprecio y anhelo: los gitanos que van por los caminos en sus carretas verdes.

De todos esos artistas siempre me interesaron sobre todo los que más se parecían a los tíos declamadores, los que «no llegaban a nada». Los del poema de Pessoa:

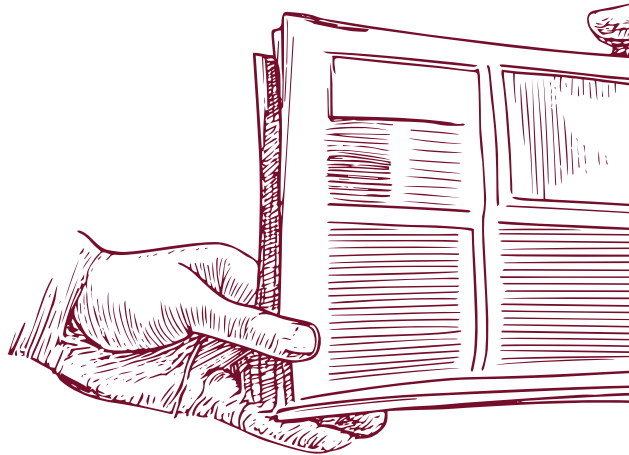
¿En cuántas buhardillas y no  
buardillas del mundo  
no hay en este momento genios-  
para-sí-mismos soñando?  
¿Cuántas aspiraciones altas y  
nobles y lúcidas,  
sí, verdaderamente altas y  
nobles y lúcidas,  
y quién sabe si realizables,  
nunca verán la luz del sol real ni  
llegarán al oído de nadie?

Recuerdo a Ramón, un viejo barbado y enjuto al que nunca pude ver de cuerpo entero, porque siempre estaba detrás de su puesto en el Centro Popular del Libro: lector impenitente, anónimo especialista en literatura española de comienzos del siglo XX y autor de cinco o seis novelas mamotréticas, tachonadas en agendas vencidas con una letra inclinada y casi críptica; a Mataco, ese pintor envigadeño, que en mi infancia veía borracho en las cantinas con los pantalones y la camisa chisgueteados de óleo, y que dejó una profusa y desconocida obra después de una muerte trágica.

Y en la buhardilla mayor, el más insignificante y el más grande, del que todos los otros me parecían descendientes: Henry Darger, apocado aseador de una escuela pública en Chicago, inquilino de una habitación en la que fue encontrada, después de su muerte, la novela más larga que se haya escrito: 17 500 páginas acompañadas con cientos de pinturas en acuarela, dibujos y *collages*, en la que se narra la guerra entre un fantástico país habitado por niños y un malvado ejército de adultos invasores.

Me asombraban esas vidas entregadas de pleno a la confección de una obra con el único y exclusivo propósito de hacerla, sin pensar siquiera en la palabra «obra», y mucho menos en las repercusiones que pudiera tener.

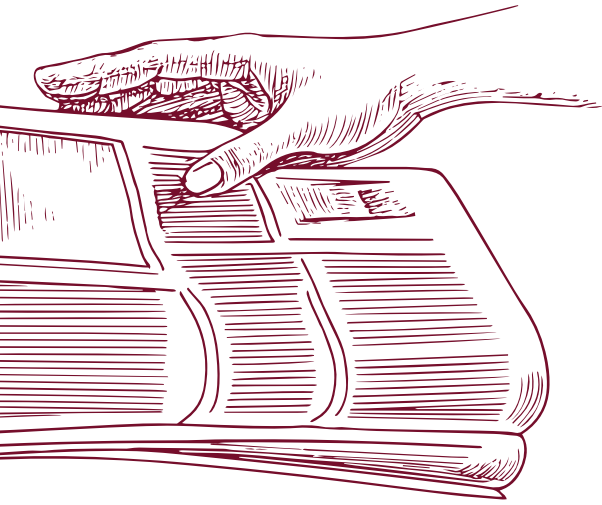
Sin embargo, yo no era tan estoico para ofrendarme completo a una tarea desinteresada ni tan buen ciudadano para acomodarme en un trabajo estable ni tan bohemio para flotar en la ligereza de la creación sin importarme la supervivencia. Pasaba por todas esas instancias dejando



fragmentos míos en cada una de ellas, pero sin afincarme en ninguna.

Lo cierto es que un día aterricé en Buenos Aires. A cada rato digo que llegué aquí con setecientos dólares, un libro de Chéjov y cuatro mudas de ropa, con la intención de dedicarme a escribir. Cosa que no es tan cierta (uno crea sus propios mitos para hacerse a una épica personal que le dé ánimos). En realidad, solo estaba desesperado. Lo que sí es cierto es que vine con demasiadas ilusiones artísticas como para engancharme en cualquier trabajo de inmigrante urgido y muy adulto para ejercer los oficios que desempeñan los veinteañeros con ánimo de aventuras. A pesar de los apremios de la realidad me sentía incapaz de trabajar. Eventualmente alguna revista me pagaba cualquier cosa por un cuento. O me encargaban la escritura de un texto que me daba para vivir con lo justo por un tiempo. Pero nunca pasé lo que se llama hambre. Eso sí, conocí

*¡Usted no sabe quién voy a ser yo!*



todas las variedades posibles en la preparación del arroz con huevo. A finales de 2011, en medio de uno de esos períodos de monotonía alimenticia, recibí una invitación para asistir a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, por cuenta del único libro que había publicado y que no sé cómo llegó a manos de los organizadores. De un momento a otro estaba en un hotel cinco estrellas, dentro de una habitación en la que tenía que coger impulso para montarme a la cama, degustando los más exquisitos manjares en los mejores restaurantes y llevado de aquí para allá como un príncipe. Lo disfruté mucho y a los cinco días estaba de nuevo en mi habitación de Buenos Aires comiendo arroz con huevo. Al cabo de varios años escribí una novela que tuvo buena aceptación y una productora internacional compró los derechos audiovisuales. Me pagaron, primero tres mil, después cinco mil, y luego veinticinco mil dólares. Mucha plata

para mí, aunque muy poca si se trata de solucionar el problema estructural de la supervivencia. No hice ninguna inversión como habría hecho cualquier hombre sensato, sino que, a la manera de Manuel, el protagonista de la novela que había generado la plata, adelanté un par de años de alquiler y metí una ringlera de billetes en el clóset de donde iba sacando a medida que necesitaba. Pero a partir de ese momento cumplí mi anhelo de sentarme frente al computador a pensar en el próximo capítulo y no en el próximo mes de arriendo. Y todo siguió mejorando. Empecé a recibir los premios más importantes, los que me han convertido en el hombre rico que soy en la actualidad:

El primero llegó por Facebook, en un mensaje remitido por un tal Jorge Mario Rivas. Cuando abrí el mensaje y vi la foto caí en la cuenta de quién era: uno de mis hermanos medios, de los que tenía noticia, pero con los que nunca entablé relación. Me contaba que tenía un hijo de cinco años y había decidido hablarle sobre las hazañas de su abuelo, nuestro padre, quien fue combatiente en la guerra de Corea. Buscó en Google su nombre: Miguel Rivas, y aparecí yo. Encontré crónicas y cuentos y siguió buscando hasta repasar todo lo que salía publicado con mi nombre. Leyó con entusiasmo creciente, emocionado, según decía el mensaje, por haber encontrado un Miguel Rivas que daba testimonio de cosas distintas al triste heroísmo de la guerra; me pedía perdón por el abandono de mi padre y expresaba su alegría de hablarle a su hijo de un tío escritor que generaba esperanza y ganas de reír. Ese correo me ahorró muchos



años de terapia, facilitó un perdón que no había podido hallar, deshizo un nudo que me estaba estrangulando el alma, me llenó de prosperidad interior y amplió mi vida.

El segundo premio lo recibí el año pasado. En febrero me llegó un mensaje por el interno de Instagram, remitido por la cuenta de El Águila Descalza. Cristina Toro decía que habían leído mis libros, que ella y Carlos Mario eran mis admiradores (¡la riqueza de ser admirado por quien uno admira!), que venían a Buenos Aires y les gustaría que nos tomáramos un café. Quedamos de encontrarnos en el bar La Giralda de la calle Corrientes y bastó vernos y decir la primera palabra para ser arrastrados por un torrente de charlas, risas y canciones que venía de vidas pasadas y se prolongó por días, tardes y noches, en calles, bares y restaurantes, hasta el día de hoy. Regresaron a Medellín para su temporada en el Teatro Pablo Tobón Uribe y en una de sus funciones invitaron a mi mamá. Ella, que nunca va a espectáculos y que nunca ha querido a mis amigos artistas, aceptó, dada la fama de quienes hacían el ofrecimiento.

Para chicanear con los del barrio invitó a la Cucha, una vecina de mi edad, a la que desde niña le pusieron ese remoquete porque siempre tuvo la cara que apenas ahora encaja con su presencia de señora. Terminada la obra, frente al auditorio repleto, Cristina dio las gracias al público y entre los anuncios propios del final de cada función dijo que en la sala se encontraba una persona muy especial, la señora Luz Mery Granada, madre de un importante escritor antioqueño al que todos deberían leer: Luis Miguel Rivas. Estoy seguro de que la mayoría de los presentes no sabía quién era el mencionado escritor, pero el auditorio completo, alentado por el entusiasmo de Cristina y Carlos Mario, explotó en un aplauso multitudinario, todas las miradas dirigidas hacia el palco donde estaban mi mamá y la Cucha. Carlos Mario grabó el momento y me envió un video en el que aparece mi madre petrificada, como un pajarito obnubilado por un reflector, sin poder comprender semejante ovación dedicada a ella por el simple hecho de estar viva y haber tenido un hijo; y a su lado, la Cucha bañada en lágrimas.



Dos señoras de barrio, amas de casa que nunca se habían sentido importantes para nadie más que su familia, estaban viviendo, sin saber a ciencia cierta qué estaba pasando, la gloria fugaz de la celebridad.

Al día siguiente llamé a mi mamá para preguntarle cómo le había ido y si le había gustado la obra. Sin ningún matiz en la voz me dijo que estuvo «muy bueno todo» y que al final ellos habían dicho «unas palabras muy bonitas sobre usted». Y que camino a la casa la Cucha le había comentado, emocionada: «Yo sí sabía que Miguel no era mala persona, pero no que era tan famoso».

# Cristian Valencia



Foto: Archivo personal.

---

(Santa Marta, 1963). Escritor y periodista. Autor de *El rastro de Irene*, *Bitácora del Dragón*, *Hay días en que amezco muerto*, *Érase una vez en el Chocó*, *El Quijote anda en burro* y otras crónicas, *Tras la sombra de Garavito* y *Los niños de la selva*. Fue jurado del concurso literario Casa de las Américas de La Habana (Cuba) en 2023. Sus crónicas han aparecido en el periódico *El Tiempo* y en las revistas *Gatopardo*, *Soho*, *Cromos*, *Semana*, *Credencial* y otros medios independientes. Fue columnista de *El Tiempo* durante 13 años y ganó el Premio Simón Bolívar por su columna «Postales de la Guajira» (2017).

# **Mis primeros Llanos**



---

**P**rimero fue Arauca, Colombia, por allá en 1985, cuando recién habían descubierto petróleo. Era un pueblo de vaqueros, con la mayoría de calles enterradas, donde siempre había un alboroto de gente por todas partes. Frontera con El Amparo, un pueblito venezolano millonario, repleto de almacenes de electrodomésticos y bien pavimentado.

A orillas del río Arauca, desde el lado colombiano se apostaba un ramillete de bares que miraban hacia el caudal, donde no cesaban de sonar los éxitos de la música llanera. En los estacionamientos de esos bares convivían camionetas cuatro por cuatro con caballos amarrados en estacas, con la secreta misión de llevar a sus borrachos a buen recaudo. Si a un cuate (como llaman a los forasteros del interior) le daba por visitar esas cantinas, debía tener en cuenta por lo menos tres recomendaciones: la primera, en lo posible ir acompañado de un criollo; la segunda, no pedir el favor de nada a las hermosas meseras sino aplaudir para llamarlas y gritar, con acento braveno, ¡cerveza!, como

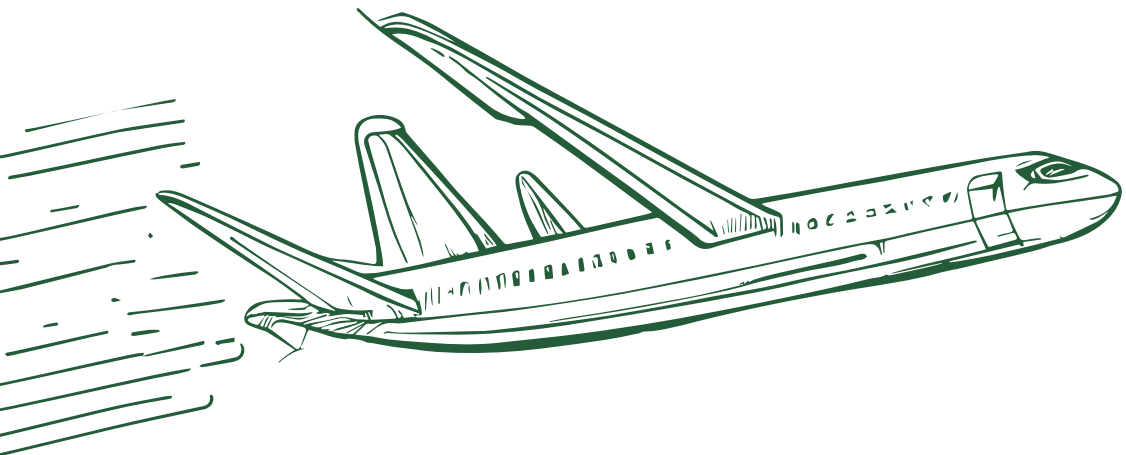
si fueran criadas de la Colonia; y la tercera, no tratar de seducir a ninguna nativa ni por equivocación, es decir, nada de «cómo estás de bonita» ni nada de «a qué hora sales».

Por supuesto los cuates éramos seres solitarios y aislados que tratábamos de pasar desapercibidos al comienzo, pero si el licor, la noche y la belleza hacían de las suyas, y uno quería dejar en claro que eso era Colombia y que como colombiano tenía derecho a algo, pues venían problemas, verdaderos problemas: un llanero cobrizo y enjuto, avezado en trabajos del llano, sin un milímetro de grasa, estaría al frente para decir «¡basta!», de la manera menos delicada, bien fuera con una trompada, con un machete gritón, o con un pistolón que preguntaba dónde quiere el balazo.

Del lado venezolano no había ni un bar. Las orillas estaban ocupadas por construcciones cuadradas, hechas de concreto, que albergaban toda clase de electrodomésticos que los colombianos iban a comprar todos los días. El Amparo era, por decirlo de alguna manera, un puerto comercial que tenía el movimiento en las dos cuadras paralelas al río Arauca y atendía desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde.

Lo demás era silencio de calles pavimentadas, una iglesia cerrada, una plaza principal sin nadie y algunas tiendas de abarrotes súper bien provisionadas que, al menos en apariencia, no tenían compradores locales. Mientras el lado colombiano era un hervidero de vaqueros, animales, caballos, *jeeps*, indígenas, mercados informales, policías, bares, cuatros, puteros, bandidas y borrachos, y sus calles eran un tierrero en movimiento, el lado venezolano era la versión aséptica de esas llanuras bravas.

El corazón del llano, por ese entonces, recibía luz eléctrica de Venezuela, y el convenio tan solo iluminaba desde las seis y media de la tarde hasta las diez de la noche. Era un gran servicio porque permitía caminar un poco, pero un servicio que traía otros inconvenientes difíciles de sortear para los cuates: los coquitos. Como en ese entonces Arauca era tan indómita y salvaje, los animales de monte y los insectos todavía reclamaban como suyos todos los vecindarios. Hablo de babillas y chigüiros, de güibos y otras culebras custodiando la precaria frontera entre campo y ciudad, y hablo también de millones de insectos de distinta estirpe, millones.



Y como a la tradición popular le resultaba un tanto demorado nombrar a cada uno por un nombre particular, simplemente se optó por llamarlos con un genérico que solucionaba la cosa: coquitos.

Pues bien, los coquitos en invierno se alborotaban en febriles vuelos por todas partes, atraídos por la luz de los bombillos de las casas y la iluminación callejera. Así que caminar por aquellos andenes, significaba matar una centena de coquitos con cada paso, cosa que sonaba y se sentía como si se estuviera caminando sobre maíz tostado. Y cuando el dichoso convenio eléctrico se apagaba, los coquitos buscaban resguardo en las casas; añorando el calor de las bombillas terminaban sobre los seres humanos, y por eso no era extraño amanecer en una hamaca, cubierto por completo de coquitos: un pocotón de insectos cuaternarios, llenos de chuzos, cabezones, con aguijones enormes y alas acorazadas. No fueron pocos los cuates que abandonaron Arauca para siempre, huyendo de todas esas puntas y todos esos colmillos silvestres.

Pero venía el progreso, sin duda; el petróleo atraía profesionales de la capital, extranjeros de compañías internacionales y buscavidas de toda índole que aumentaban la población cuate con los días. El alcalde de entonces, Édgar A., era un político que pretendía hacer un periódico que alabara sus hazañas. Para eso llamó a un periódico de Bogotá e hizo la propuesta, sin tener idea de que a los pocos días bajaría de un avión yo: un novato de 22 años, ávido de país y de aventuras a lo Huckleberry Finn.

Ninguna de las partes sabía en qué se estaba metiendo: mientras el alcalde esperaba un periodista gordo, experto en mañas del oficio, desprovisto de toda moral e ideales altruistas, yo esperaba paisajes inofensivos como sacados de una postal y unos ideales de país que no cabían, ni caben ahora, en ningún país, mucho menos del siglo XXI.

Vuelvo al comienzo. La primera impresión que tuve al bajarme del avión fue de emoción. El golpe de aire húmedo me llenó los pulmones de algo que solo conocía por las peripecias de Arturo Cova y Alicia, desafortunados protagonistas de *La vorágine*. Pero cuando llegué a la zona de maletas, me enteré a qué país había llegado: un país en guerra; no una guerra a lo CNN, sino una descarnada, llena de malos modales y gente desconfiada. Una veintena de policías revisaba los equipajes que traíamos como si fuéramos sospechosos de un delito sin cometer aún. Con mi equipaje se demoraron más porque en realidad llevaba todo lo que consideraba ‘mi hogar’ en esa maleta: hamaca, ropa, libros, revistas, novelas a medio hacer, crónicas sin publicar, y una máquina de escribir portátil que había forrado en papel periódico, en un ataque de diseño pop.

Uno de los policías me pidió la cédula, la miró por todos lados y la puso a trasluz —solo le faltó olfatearla—. Luego me preguntó si el equipaje era mío y por qué traía tanta cosa. Le contesté que iba a vivir un tiempo en Arauca y le sonreí. Le parecí tan sospechoso que invitó a cuatro policías más a requisar mi equipaje.

Obviamente, se demoraron tanto que fui el último en salir del aeropuerto, cuando ya todos los carritos públicos se habían ido. Solo quedaba un señor que vendía empanadas, que estaba estibando una moto para regresar a Arauca. Debí mirarlo como un huérfano porque se ofreció a llevarme.

—Pero lo llevo por partes —dijo—. Primero el equipaje. ¿A dónde lo llevo?

—A la Alcaldía.

A la media hora decoló el avión de nuevo, rumbo a la capital, y el aeropuerto comenzó a desocuparse al instante. Los últimos en salir fueron los policías y soldados. Entonces, pude ver todo sin el ruido de la cotidianidad y no supe en qué lugar estaba ni la más remota idea de las distancias ni nada. Solo conocía a Arauca por los mapas, una abstracción que nada tenía que ver con ese territorio tan imponente, donde el calor y la humedad eran una realidad aplastante.

A la hora regresó el motociclista. Llegó justo en el momento en que una culebra larga se elevó en el pastizal como en las películas y luego de mirarme fijamente se me abalanzó con una rapidez que para mí era imposible: parecía volar. No dudé en tratar de encaramarme a un árbol mientras el motociclista gritaba algo en medio de una carcajada. La culebra no venía por mí sino por un ratón enorme que estaba muy cerca.

—Esa no hace nada —dijo el de la moto— es una correccaminos.

La miré bien para reconocerla en futuras ocasiones y no dejó de parecerme peligrosa. Era verde pasto, delgada y de casi dos metros. Como no logró cazar al ratón, se hizo invisible en cuestión de segundos.

Cuando el alcalde me vio no pudo evitar una mueca de decepción; supongo que mi cara de adolescente no le inspiraba confianza. Me dijo que no tenía tiempo en ese instante y les ordenó a unos niñitos que oficiaban de asistentes que me llevaran al colegio, que el rector me estaba esperando. La oferta de trabajo la habíamos discutido por teléfono solamente: incluía alojamiento en un colegio donde dictaría clases de periodismo, aparte de diseñar y sacar adelante un periódico «independiente», con fondos de la Alcaldía.

En el colegio me presentaron al rector, un caleño que también había sido importado con los mismos espejitos dos meses antes. Apenas me vio no pudo evitar la risa. En dos minutos me hizo un informe ejecutivo; me anunció que no había alojamiento en el colegio. Lo único que podía hacer por mí era mandar unos estudiantes a averiguar quién arrendaba una pieza en las inmediaciones. Me dijo que me tomara dos días para instalarme y que nos veíamos el jueves.

La habitación que me consiguieron quedaba a cuatro cuadras, tenía salida independiente y pertenecía a la casa de un curandero llamado Jesús. Tenía dos metros de ancho por tres metros de largo, con una puerta que daba a la calle (al monte) y otra que daba al interior de la casa: un solar enorme con muchos árboles, albergue de la familia de Jesús y de cuatro marranos, muchos pollos y un pato. El sanitario era una letrina en mitad de aquel solar, donde lo más importante era evacuar en el menor tiempo posible para no quedar a merced de unos mosquitos devora-

dores; y el lugar de las abluciones era otro cuartico con techo de zinc, al que tocaba entrar con un balde y una totuma para rociarse con rapidez en las mañanas, so pena de morir calcinado y picado por mosquitos. El agua para esos efectos se sacaba de un pozo natural coronado por una bomba manual de ariete que estaba junto a un frondoso árbol de mango.

Alguien me prestó un escritorio que ocupaba el cincuenta por ciento de mi pieza, que resultó ser el mueble principal porque, además de mesa de trabajo, me sirvió de clóset y de mesa de planchar. Y la hamaca, que llevaba desde Bogotá soñando con guindarla junto a un hermoso jagüey, fue mi cama permanente en aquel microhorno que hacía de habitación durante los siete meses que duré en Arauca.

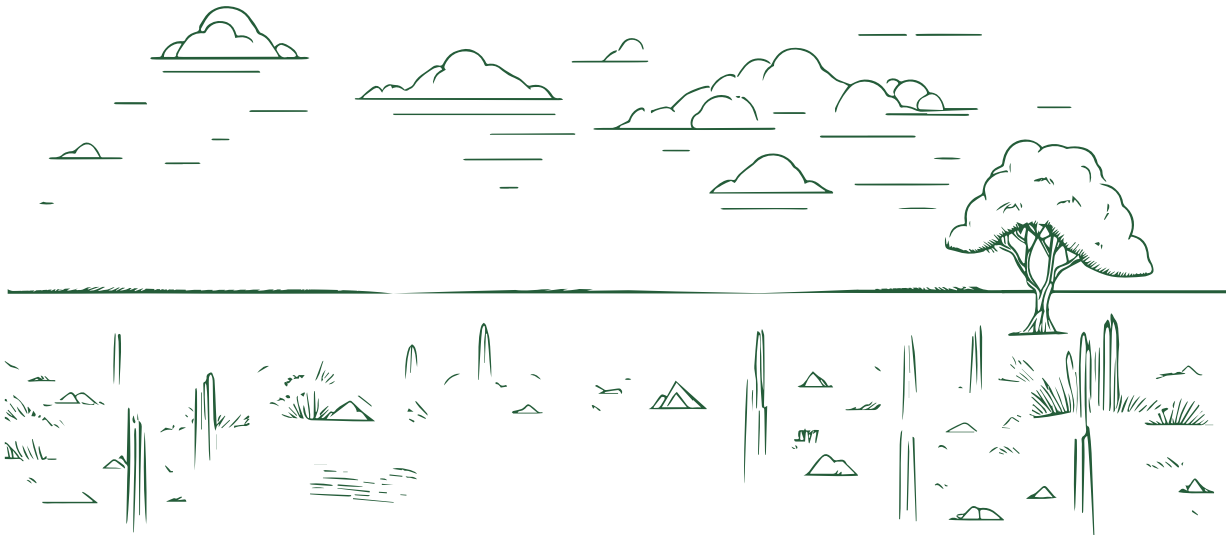
Esa misma tarde, luego de haber probado con mucha dificultad los servicios sanitarios, bañado a totumadas y vestido con ropa seca, salí de mi habitación a ver el atardecer. Don Jesús se unió a esa contemplación. Nos veíamos como viejos amigos: en

butacos, recostados contra la pared de la casa, con dos cafés humeantes y fumando de manera placentera. El silencio era imponente, los colores del cielo eran completamente nuevos para mí, y todos los olores me hacían pensar en la selva, en indómitas sabanas inundadas, en caimanes, en llaneros correteando ganado y cruzando ríos.

Dos pájaros volaron sobre nosotros varias veces. No graznaban ni cantaban, sino que se carcajaban con vehemencia como si no pudieran contenerse. Le pregunté a don Jesús por el nombre de esos pájaros tan chistosos y me dijo que no eran pájaros.

—Son brujas, profe, que quieren saber quién es usted.

Lo miré con seriedad, pensando que se burlaba. Pero no se burlaba; don Jesús calaba su cigarro, botaba el humo y contemplaba el atardecer en silencio. Entonces, me quedé en silencio también, apacible también, como don Jesús, dedicado a la contemplación de mi primera tarde en el llano.



# César López

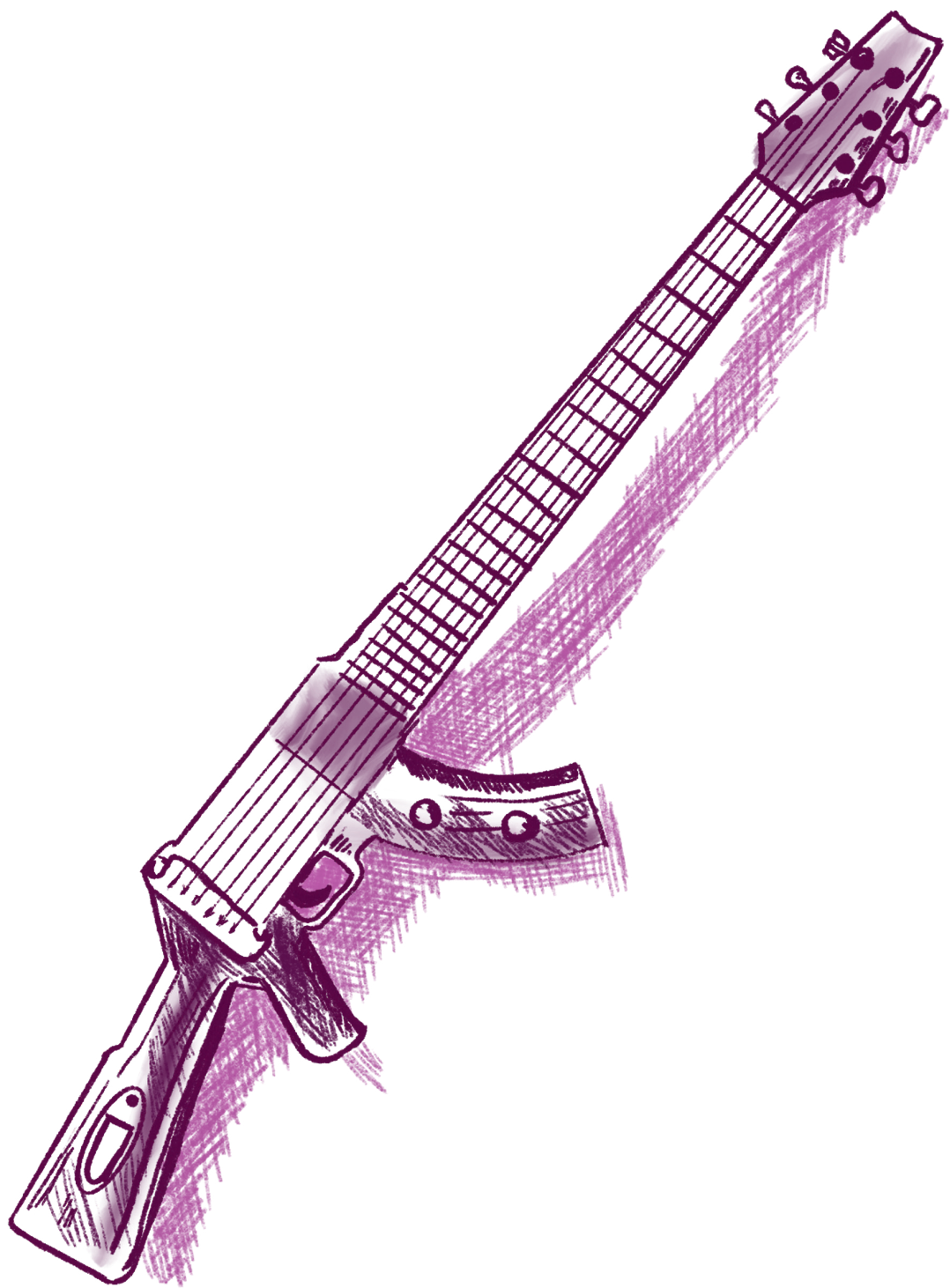


Foto: archivo personal.

---

(Bogotá, 1973). Músico, exintegrante de la banda Poligamia y de Aterciopelados, compositor, guitarrista, pianista y baterista. Hoy es un reconocido activista por la paz y el creador de La escopetarra, una guitarra hecha con un fusil AK-47, con la que lleva su mensaje de «Hasta la vida y siempre» por distintos escenarios del mundo. Es un «Mensajero no violento» de las Naciones Unidas y un «Emisario de la conciencia» para Amnistía Internacional.

# **La guitarra de mi padre**



---

**J**usto me encuentro esta semana con algunas notas que escribí hace algún tiempo, en las que me refiero a la primera canción que aprendí. Es una canción compuesta en los años sesenta por Rolando Alarcón, un chileno que en su letra deja un testimonio de intenso compromiso social. Se llama «Yo defendiendo mi tierra» y dice:

*Yo defendiendo mi tierra  
porque es mía, porque es mía.  
La defendiendo de noche,  
la defendiendo de día.  
De día me ayuda el viento,  
de noche las tres Marías.  
Vi cruzar por la pampa,  
llorando, llorando,  
la mujer del minero,  
sus pies sangrando.  
¿Por qué llorará este pueblo?  
voy preguntando.  
Si yo salgo a la pampa  
voy a cantar:  
No queremos extraños  
que vengán a quitar  
lo que nos da la tierra,  
nuestra tranquilidad.  
Yo defendiendo mi tierra  
porque quiero, porque quiero,  
secar el triste llanto  
de la mujer del pueblo.  
Quiero que no haya sombras  
en el rostro minero.*

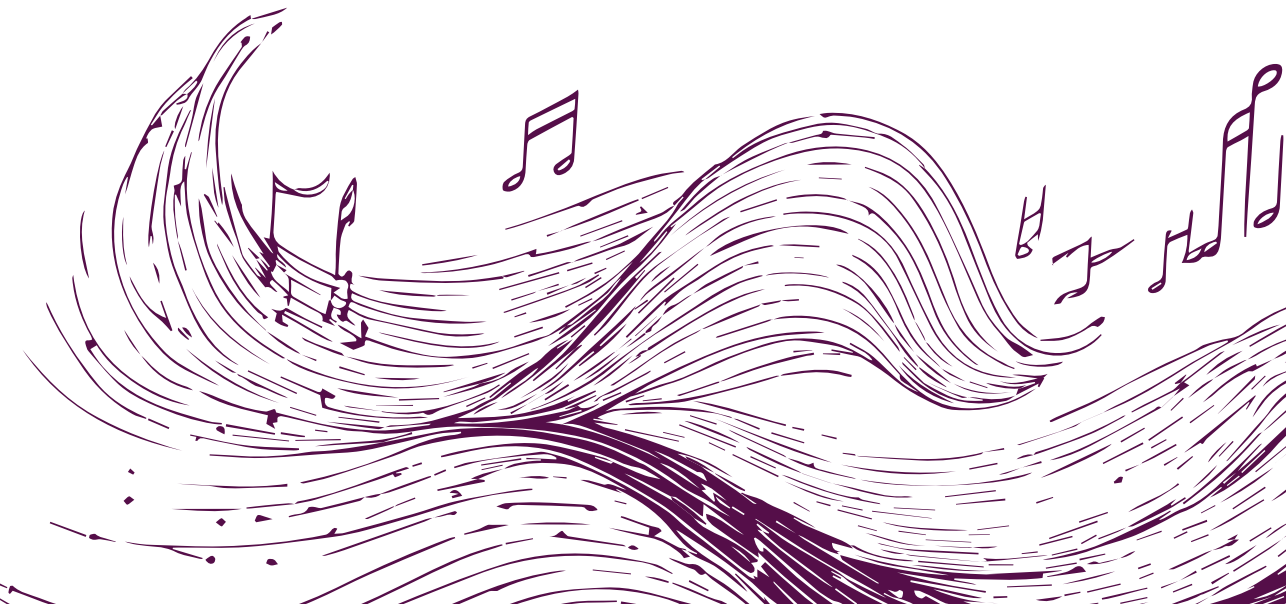
Fue con esa canción con la que aprendí mis primeros acordes en un tiple que teníamos en casa. Para entonces tendría 7 años. Es increíble, que 40 años después de esa hermosa canción, mi cabeza siga haciéndose preguntas de justicia social y la defensa de la vida, como lo hacía el maestro Rolando.

Durante estos años descubrí que el arte en la cotidianidad de un ser humano amplía su paleta de colores o sensibilidades, incrementa las preguntas, agudiza la mirada sobre el otro o lo otro, problematiza la realidad y su devenir, y además eleva los niveles de conciencia para quien persiga una comprensión superior de la vida.

El arte me sirve para despojarme de creencias sobre mi propio rol, opera en cada decisión, uniendo o desligando los afectos, desaprendiendo las falsas ideas del éxito, soltándome de músicas ajenas para entender la mía propia y despidiéndome incluso de personas con las que había prometido caminar la vida por siempre, para conocer quién soy.

He sido un creador que intenta cruzar variables que quizás no estaban destinadas a encontrarse. Esa es la tarea que más disfruto y que marca la línea de iniciativas o de proyectos en los que me embarco, al punto de crear, para mí, una guitarra que combina de manera poética dos pasiones: la decisión de servir y aportar al camino de la paz, y hacerlo desde mi profesión que es la música.

La escopetarra no es un invento novedoso, de hecho, me he encontrado con cientos de armas transformadas en objetos útiles, pero es lo que he podido hacer con ella por tantos lugares, lo que le da valor. Es un instrumento que encierra una profunda filosofía sobre lo que significa usar la creatividad para derrotar la violencia, cambiar el sentido de un objeto y, por medio del símbolo, retar el pensamiento violento. En ese objeto se plasma la intención de enfrentar los obstáculos de la transformación social desde las artes y, más específicamente, desde la música.



En esta historia, larguísima historia de la que no he tenido escapatoria, he conocido y entendido inmensas lecciones de la vida, en boca de quienes protagonizan a diario las resistencias y que cargan a cuestas con el dolor de esta guerra en Colombia, ¡que ya no nos horripila porque no sucede de un tacaño! Matan de a dos, o de a tres cada día, y así sutilmente, ver los cuerpos desgonzados en el noticiero cada noche, se vuelve paisaje.

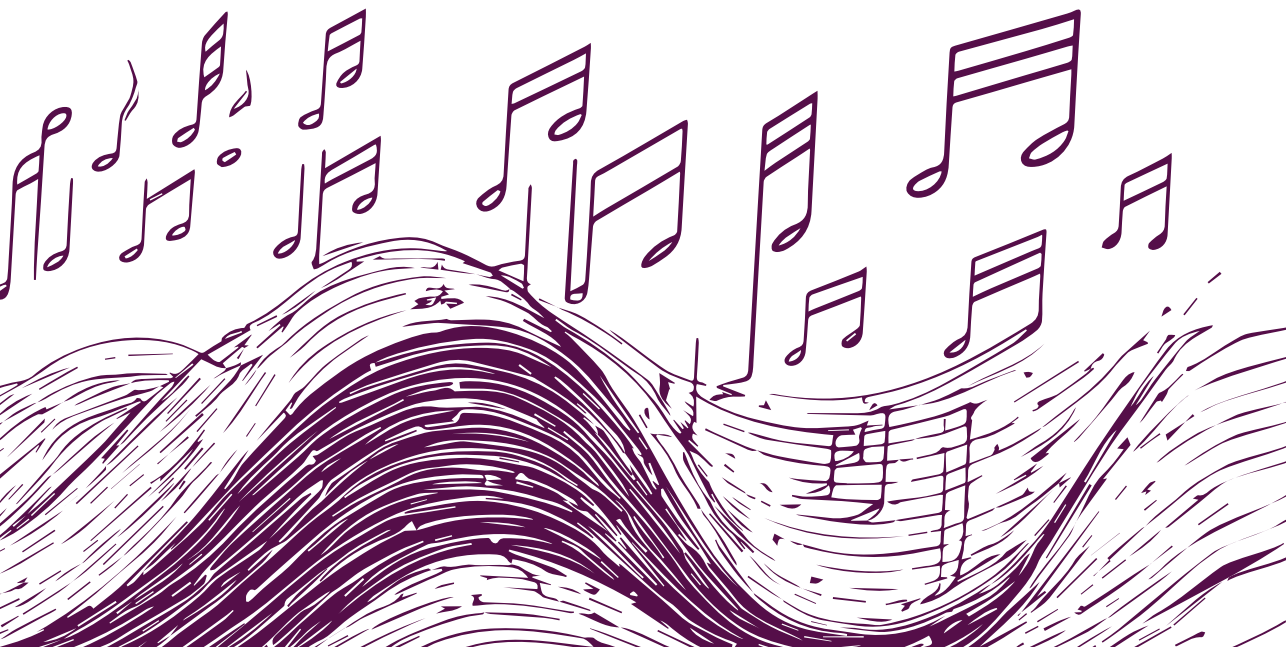
Gracias a esta misión he asistido a muchas primeras veces, a primeras ideas, a primeras preguntas, a primeras miradas, a primeras lágrimas, a primeros y únicos actos de magia de seres humanos que sanan a otros.

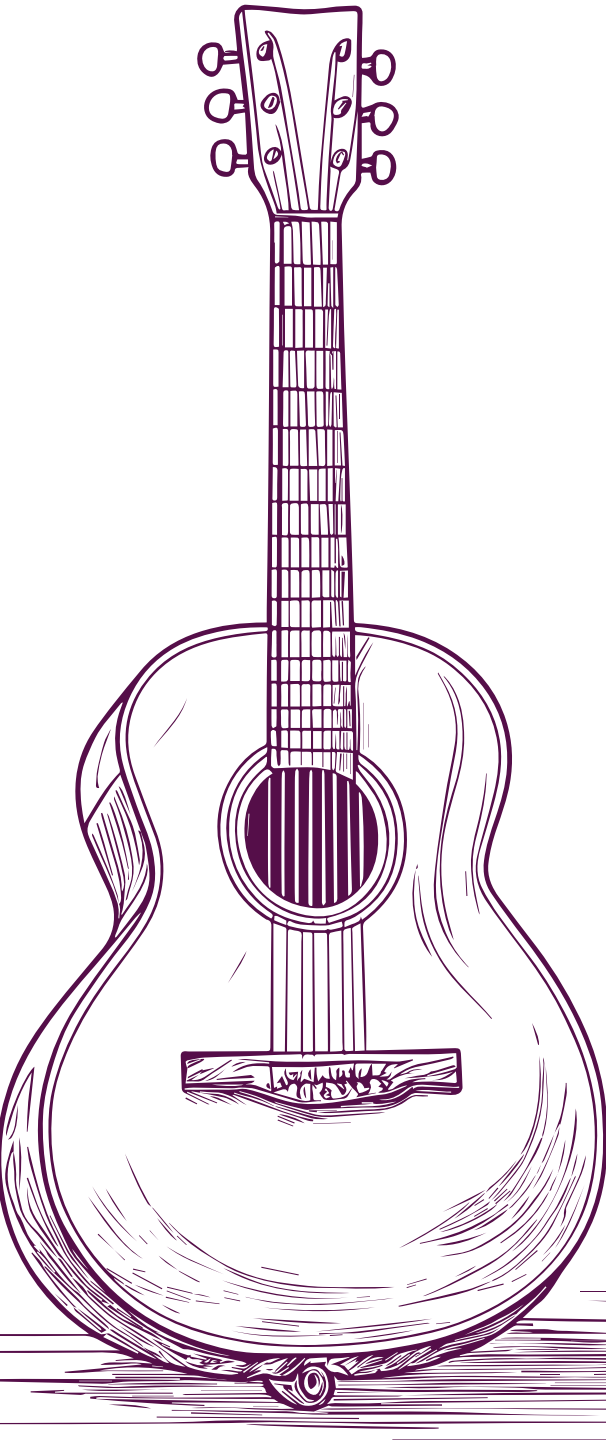
Hace algunos años en Colombia, como parte de un experimento y una búsqueda, en medio de tanto dolor y tanto odio que lleva consigo nuestra guerra, se creó «la vacuna contra la violencia». No era una vacuna como las que conocemos, sino un dispositivo de ejercicios o metodologías que al ser «aplicados» en grupos sociales o individuos, lograban modificaciones en su comportamiento o en su

aproximación a prácticas violentas. Esta metodología incluía, entre otras cosas, un cuestionario que buscaba que los jóvenes en el proceso tuvieran luces para entender o entenderse en su propio contexto.

De ese ejercicio se desprende una de las preguntas más conmovedoras y contundentes que haya tenido que hacerme: ¿Cuál ha sido el acto de generosidad más grande que he recibido? Me di a la tarea de encontrar esa primera vez en que podía reconocer ese gesto y su posterior impacto en mi destino.

Tuve que buscar la respuesta muchos días, porque debo decir que la vida de alguien que se comunica desde la sensibilidad de las artes es intensamente rica en intangibles. Estamos hechos de señales, de metáforas y de espejos, así como de la intuición, la emoción, la percepción, lo innombrable, lo oculto, el subtexto, el efecto silencioso de sonidos o colores, de la bondad cotidiana de almas grandes que reconocen en otros seres humanos una búsqueda o una batalla virtuosa, a la que asisten con amor, desapego y entrega.





Mi padre, un abogado que recuerdo de corbatín, portafolio y unas gafas de marco grueso, a pesar de estar envuelto en litigios y sentencias, tuvo una disposición por la música. Invirtió en una guitarra muy especial, que le trajeron de París, por allá en 1979. Esa guitarra vivía escondida en su biblioteca, bajo llave, y nadie tenía la posibilidad de verla o escucharla. Solo la sacaba para tocar sus canciones icónicas de Silva y Villalba o de Los Chalchalers, que cantaba con algunos familiares al calor de los aguardientes.

Por esos años, cuando empecé a tener mis primeros acercamientos con la música, mi única posibilidad era la de cacharrear un tiple roto que colgaba en la pared de algún cuarto, con el que no podía hacer la música que me interesaba. Era un niño pequeño en busca de sonidos, con facilidad para crear acordes o incluso hacer melodías conmemorativas a la madre, a la Navidad o a la naturaleza. Mi papá, con temor, me permitió tocar durante cinco minutos al día su preciada guitarra nueva. La sacaba de su estuche escocés, la desenfundaba y me la ponía sobre las piernas. Mis brazos, si acaso, alcanzaban a abrazarla, y yo aprovechaba esos contados minutos para mostrarle que había valido la pena su generosidad.

Los años pasaron y mi relación con esa guitarra se afianzó. Poco a poco aprendí a hacer canciones que componía por doscientos pesos, canciones a la tía que llegaba de visita o al pariente que se iba de viaje. Ahora lo recuerdo como un «acto circense» para descrestar al visitante. Escuchaba el grito que

venía de la sala, de mi mamá o mi papá, diciendo: «César, baje la guitarra para que le toque algo a fulanito». Así me enrolé en la idea de vivir de la música, me enamoré de la magia de tomar notas musicales que flotan en algún lugar entre el oído y el corazón, para juntarlas en una secuencia con sentido.

El rock llegó a mi vida en 1986, cuando empezaron a aparecer los íconos argentinos o españoles mostrándonos ese nuevo lenguaje desconocido para los jóvenes de Colombia, que solo podíamos oír en emisoras como 88.9 o algunas frecuencias de AM que sonaban muy mal y que transmitían la música de artistas como Miguel Mateos o los Enanitos Verdes, que nos emocionaban y nos hacía querer imitarlos en su música y en su actitud frente a ella.

Fue inevitable crear una banda y comenzar a descifrar en colectivo el material musical que nos llegaba por cantidades. Empezamos a tocar con «Los Amantes de Lucía», un grupo que aprendía y repetía canciones de Hombres G, Los Prisioneros o de los inicios de Soda Stereo. Conseguimos y creamos nuestros propios instrumentos: la batería con baldes de lavar la ropa, el teclado con una vieja pianola de viento cuyo ventilador sonaba más duro que las mismas notas, la famosa guitarra acústica de mi padre que para entonces había pasado a mi absoluto control. De hecho, fueron muchos los años en que ese instrumento le prestó un servicio a ese grupo de novatos e ingenuos musicantes que trataban de emprender un camino en lo que parecía un sendero lleno de gloria y de pirotecnia.

Jairo, un gran amigo, apareció un día en casa con una guitarra eléctrica. Esa fue la primera vez que vi un aparato de estos. Era azul, tenía botones, palancas, parecía una extraña nave espacial y era milagroso verla sonar mediante un cable conectado a un parlante.



La emoción que me causó tener en las manos este objeto, tantas veces visto en videos musicales en televisión, fue única e inolvidable. Me enamoré locamente de esa Yamaha roja que me prestaban para ensayos y grabaciones análogas. Fue tan intenso ese amor que, desde aquel día, la vieja guitarra de mi papá perdió protagonismo y sentido; me parecía arcaica, poco ergonómica, sonaba pasito y demasiado claro para lo que mis oídos buscaban.

Comencé a ajustar mi mano a otra tensión, a una guitarra ajena. Me paraba frente al espejo con ella colgada. Intentaba mirar cómo se

definía más allá de la música, una actitud frente al sonido y de paso frente a la vida. Experimentaba y jugaba con ese instrumento que no era mío, mientras la guitarra flamenca, clásica, tan amada por mi padre, descansaba recostada en una esquina.

Un día cualquiera, de esos primeros años de ensayos y composiciones, me desperté y tenía al lado de mi mesa de noche aquella guitarra eléctrica que tanto me gustaba. Mi padre, en una transacción secreta con mi amigo Jairo, le ofreció su guitarra más un dinero extra a cambio de la eléctrica, y me la regaló como una ofrenda generosa y sentida. Ese acto definió mi relación con la música y con mi futuro. Era una señal profunda de la generosidad de un padre desapegado, desde el amor, para ir en sintonía con los deseos, necesidades y voluntades de este hijo músico.

Mi papá murió en la mañana del 23 octubre de 1994, a los 72 años. Fue el final de la vida de un hombre inteligente, de izquierda, decente, comprometido socialmente, fundador del MRL en los 70 y un amante furibundo de la música. La pasión con la que rasgaba su guitarra no la he visto en ningún músico profesional. Esos instantes con los bambucos en la garganta eran epifanías de su verdadera vocación o la oportunidad de exorcizar la lucha que libró contra el Estado colombiano por la detención y tortura de una de mis hermanas, en 1979.

Recuerdo pocas cosas del funeral, a lo mejor por la impresión de haber perdido a un personaje estructural de mi vida. Me es difícil pensar en caras o palabras incluso en momen-

tos específicos del entierro en el Cementerio Jardines del Recuerdo. Pero hay dos situaciones de ese día importantes en mi vida. La primera sucedió esa misma noche.

Después de dejar sus restos en el cementerio, me dirigí al estudio de grabación con un vestido de paño café, prestado por algún pariente, a grabar la batería de la canción «Mi generación» con mi grupo Poligamia. Se hizo realidad la famosa frase de que «el show debe continuar» y así lo hice, como sé que mi padre hubiera querido. Aún hoy, cuando escucho la versión original, me conecto emocionalmente con la sensación de estar muy elegante, rompiendo esa batería con el dolor que sentía mientras cantábamos:

*Se tomaron la embajada. Se tomaron el palacio. Yo los vi en televisión.*

*Yo tomaba Chocolisto. Escuchaba a Lucho Herrera coronarse campeón.*

*Cuando ya me enamoraba, las muchachas escuchaban dizque rock en español.*

*Y las bombas reventaban mientras tanto redactaban una gran constitución.*

De lo poco que recuerdo, es ver llegar al funeral a Jairo, mi antiguo amigo, quien ya era un adulto y padre de familia. Apareció con la vieja guitarra de mi papá. Sus palabras fueron: «Yo sé que para usted este instrumento tiene más sentido y valor que para mí». Así fue como la vieja guitarra volvió a casa, convertida no solo en un objeto musical, sino también en un memorial, un ícono,



## La guitarra de mi padre

un talismán y en la herramienta con la que aprendo de la música todos los días.

La guitarra eléctrica de Jairo, que conservé durante un tiempo, la doné a los internos de la cárcel Bellavista en Medellín, en un proyecto que dotó de instrumentos a distintas poblaciones en el país para desarrollar su sensibilidad. Lo hice con la ilusión de que, así como a mí me abrió las rejas de la creatividad, a alguien le sirviera para sanar, componer o pasar las horas de su estancia en esa cárcel.

Finalmente, cuando pienso en actos de generosidad que otros han hecho por nosotros, pienso en seres conectados con el amor, un amor universal o particular que parte de una habilidad para vivir la felicidad o el dolor ajeno. El bienestar de otros puede estar en nuestras manos y solo cuando se convierte en acción real, explota esa hermosa transformación bipartita y de doble vía, que revela el sentido de la existencia.

Tenemos una misión de venir a encontrar nuestro propio canto y, una vez encontrado, cantarlo hasta el cansancio. Pero, el sentido de la existencia es sumar nuestra voz al coro de las canciones de los demás, para que allí suceda el poema colectivo de la humanidad.

Han pasado 30 años desde que mi papá nos dejó. Su guitarra, de la que se despojó para darle paso a mi vida en la música, reposa al lado de mi cama. Me lo recuerda cada día y es, con ella, con la que compongo canciones como las que hacía Rolando Alarcón, cargadas de sentido social. Ese instrumento, venido de París, es la primera guitarra que conocí y que abrió mi universo a las artes, y es el símbolo máspreciado de mi amor por este sagrado oficio de la música. ¿Cuál ha sido el gesto de mayor generosidad que han recibido ustedes en la vida?



# Freisman Toro

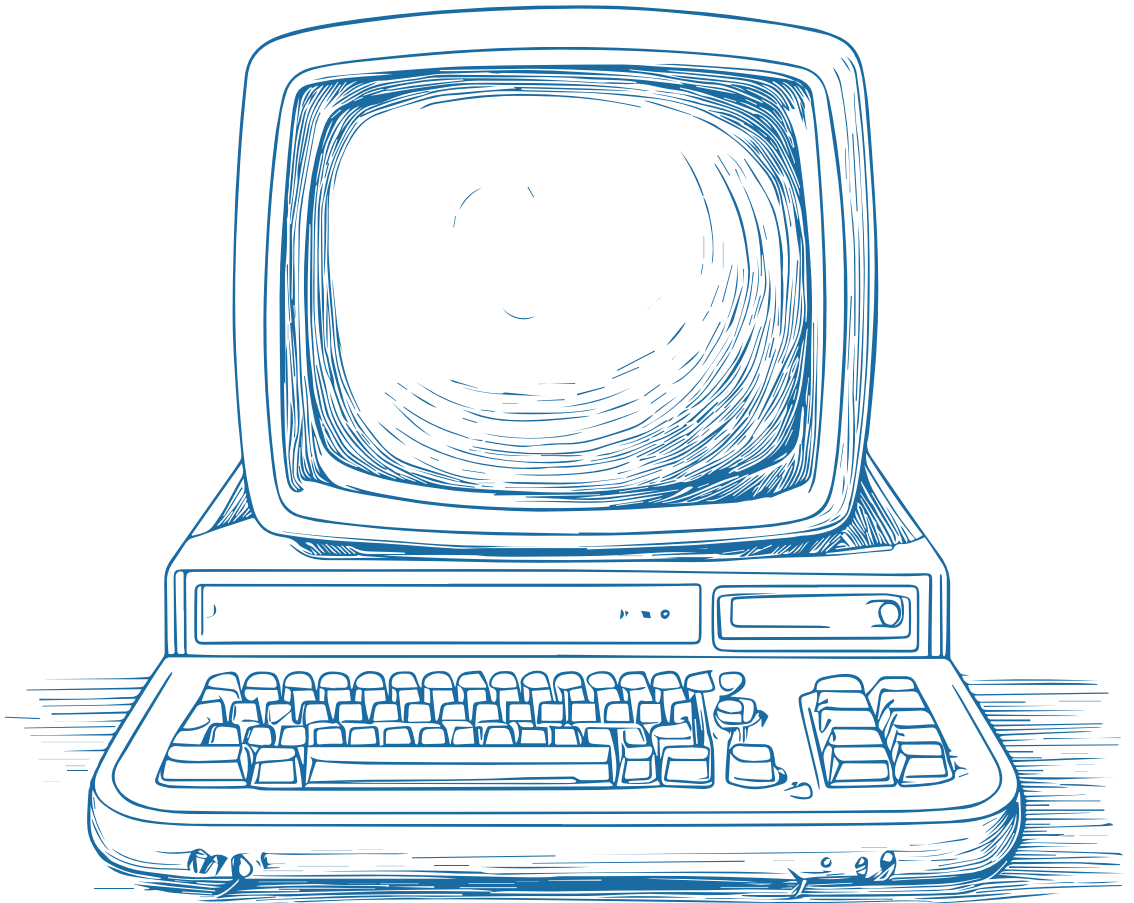


Foto: archivo personal.

---

(Zarzal, Valle del Cauca, 1976). Editor y autor de las novelas *Complot para matar al diablo*, *Las aguas turbias*, *Como polvo entre mis manos* y del ensayo *Los secretos de un escritor*. Como editor ha asesorado 200 obras publicadas en 13 países de América y Europa. Es fundador del Grupo Editorial Infinito y creador de la Escuela de Autores Conscientes, en la que imparte cursos y talleres a nuevos escritores. Durante 18 años fue editor y corresponsal en medios de comunicación como *El País*, *El Tiempo*, *Q'hubo* y *RCN Radio*.

**Mi primera  
vez con un  
extraño amor**



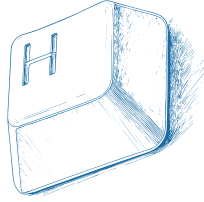
---

**L**a primera vez que usé internet me pareció completamente aburrido. Era lento, muy lento; una página gráfica podía tardar hasta media hora en cargarse y, desde luego, ver video era imposible. Prácticamente todo era texto. Además, no sabía qué buscar, por lo que casi siempre terminaba en el típico juego del dinosaurio. Eso fue en 1998, cuando trabajaba como jefe de Comunicaciones en la Alcaldía de Zarzal, Valle del Cauca.

Allí tuve acceso por primera vez, no solo a internet, sino a un computador, que para mí fue como *el milagro del siglo*, una especie de oportunidad mágica para no seguir estresándome al dañar hojas en la máquina de escribir eléctrica cada vez que redactaba mal un boletín de prensa.

El problema fue que a mi oficina no le asignaron computador, porque ese era un privilegio al que solo tenían acceso las secretarías que manejaban buenos recursos. En esa época (y creo que todavía), las oficinas de prensa eran tan exóticas como la misma Internet. Por eso tenía que bajar dos pisos cada vez que quería usar el computador de

otra oficina en la que trabajaban dos secretarías, el jefe, dos técnicos y un subsecretario. Sin embargo, una de las secretarías se apiadó de mí y me dijo que todas las mañanas podía usar un poco la máquina para redactar boletines.

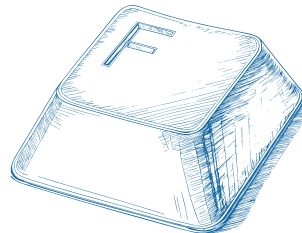
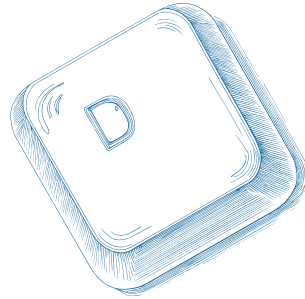


Con el paso de los días me fui encariñando con la máquina y con la secretaria. Con ella aprendí, como dice la canción de Armando Manzanero, que existían diferentes tipos de letra (fuentes) para que los boletines quedaran mejor presentados, y hasta le puse el primer cabezote al documento para que se viera más oficial. Estábamos en plena evolución de los ordenadores personales, desde las interfaces basadas en texto a las interfaces gráficas, y ahí estaba yo: un chico pueblerino de 22 años descubriendo la magia de Windows 3.0, el sistema operativo que revolucionó el mundo y que cambió por completo la ofimática moderna, reemplazando las máquinas de escribir por procesadores de texto digital.

Una vez finalizaba y corregía el boletín de prensa, este pasaba a una impresora de punto Epson, en la que me dejaban imprimir solo dos páginas. De ahí llevaba el boletín a una fotocopiadora, sacaba unas cien y las repartía. Y cuando necesitaba

enviar el mismo boletín a otra parte, lo hacía utilizando el fax, un aparato que permitía digitalizar y transmitir documentos o una imagen a lo largo de grandes distancias, usando una línea telefónica o la señal de internet.

Mi relación con la amable secretaria pasó de las clases personalizadas de Windows a las de Microsoft Internet Explorer 4.0, la única alternativa que teníamos para navegar. También trascendió en lo personal, al dejar de lado los «detalles de oficina» por salidas a cenar y a bailar. Y, al igual que en el navegador de Microsoft, solo teníamos una alternativa para ir bailar: Enterprise, la única discoteca del pueblo.





Desde entonces, mi relación con internet cambió rotundamente. Con la prima de diciembre de 1999 me compré un computador. Lo instalé en mi apartamento de soltero, pero pronto me di cuenta de que no podía usarlo para internet. Intenté varias veces con las empresas de telefonía, pero no hubo respuesta. Pueblo es pueblo, definitivamente. Además, ese era un servicio que para esa época estaba disponible en el ámbito residencial solo en Bogotá y era carísimo, se consideraba un lujo.

Desde su aparición, internet no ha parado de evolucionar. Nos ha conducido por cambios inimaginables, vertiginosos y sorprendentes. Cada cosa nueva nos ha maravillado, como cuando comenzamos a usar el correo electrónico, que nos permitió trabajar de una manera más rápida y eficaz. Y no solo trabajar. Recuerdo

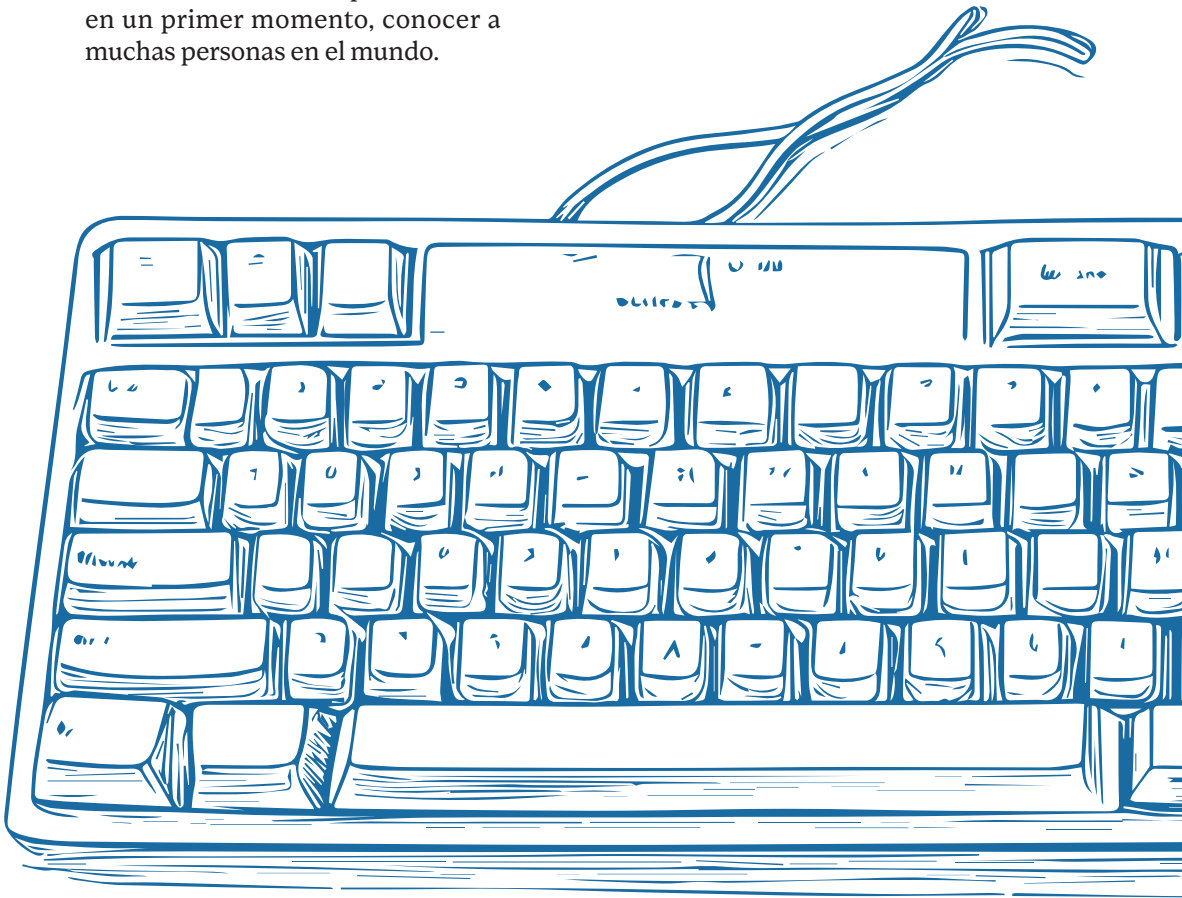
haber ido en Cali a un Blockbuster (¿se acuerdan de las películas alquiladas?) y alquilar *Tienes un email*, el filme en que Tom Hanks y Meg Ryan interpretan a dos jóvenes que se enamoran a través de los correos electrónicos que intercambian, abriendo una nueva era de las relaciones sentimentales.

Yo me crié enviando cartas por correo postal, incluso telegramas. Fui de los que hizo visita en la sala de la casa con la mirada inquisidora de la suegra, di esquelas y credenciales de Giordano, pero no les voy a negar que cuando descubrí el correo electrónico, me convertí en un galán de Yahoo y Hotmail. Así fue como conquisté a mi esposa, quien hoy recuerda que le llenaba el buzón con todo tipo de mensajes, desde poemas hasta retahílas cansonas de enamorado intenso.

Sin embargo, mi relación con internet sería más intensa e íntima de lo que alguna vez imaginé. Cuando las búsquedas por Google me llevaron por innumerables páginas que me permitieron expandir mis horizontes y Wikipedia se convirtió en la enciclopedia más cercana y gratuita que jamás tuve, mi corazón sintió que ese extraño amor, que había conocido gracias a la rubia y elegante secretaria, se quedaría para siempre a mi lado.

Sellamos ese amor eterno cuando usé por primera vez Hi5, una de las cinco redes sociales que abrieron el camino a lo que hoy es Facebook, Instagram y LinkedIn, entre otras. Las redes sociales me permitieron, en un primer momento, conocer a muchas personas en el mundo.

Con el paso de los años me convertí en un empresario digital. Recuerdo que en 2012 alguien me dijo que los negocios se hacen *con personas de carne y hueso*, refiriéndose a mi idea de tener una agencia de viajes que ofrecía paquetes por intermedio de Facebook. No hice caso a sus palabras y seguí adelante. Ya tenía la experiencia de haber trabajado como reportero en dos periódicos durante más de una década, beneficiándome de las redes sociales y de las páginas web para mis investigaciones. Conocía del fenómeno de Amazon, de la expansión de Facebook y del auge incontrolado de los *smartphones*.

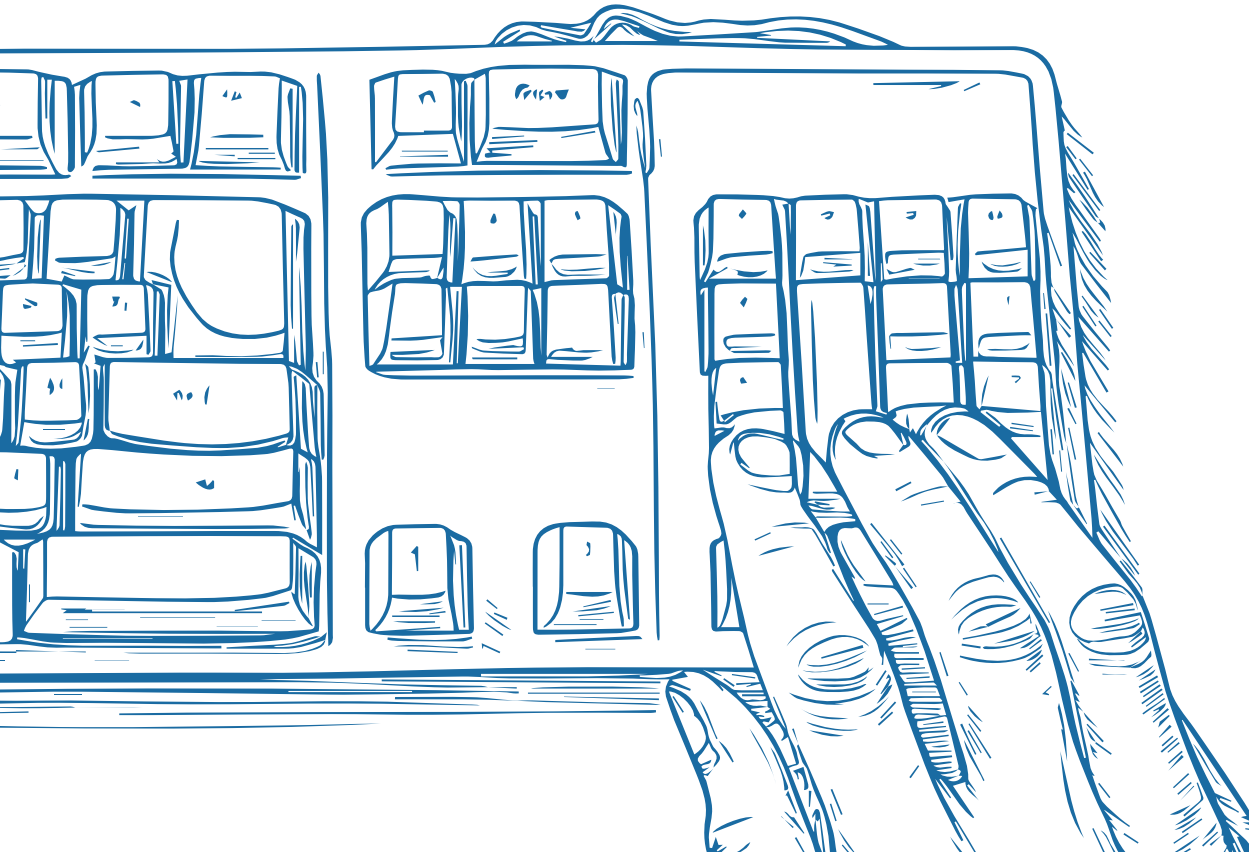


Pude visualizar hacia dónde iba internet en 2016 cuando por primera vez contemplé la idea de tener una empresa que, en lugar de funcionar en una oficina física, lo hiciera valiéndose de una página integrada a un ecosistema de redes sociales con contenidos persuasivos que atrajeran a los clientes.

No soy hijo de esta generación digital, pero sí la vi nacer, y el haber estado entre lo análogo y lo digital, me hace conocer mejor las dos caras de este extraño amor. Gracias a internet aprendí mucho más de lo que hubiera aprendido en una universidad. Y eso que soy lector empedernido, soy escritor, y respetuoso de la academia. Pero «al César lo que es del César». Hoy no solo tengo dos empresas completamente digitales, sino que enseño a otras personas a

tener un uso racional, inteligente y eficaz de internet, porque esta fue la estrategia que me funcionó.

No digo que no debemos tener cuidado con la internet. Los algoritmos que actualmente nos controlan, la IA, la sobrecarga de información en el cerebro humano y la dependencia que tenemos de la conectividad son factores de riesgo que rondan a la humanidad. Como todo gran invento, este también tiene sus peligros. Cuando fueron creados los automóviles el planeta se revolucionó y el progreso fue incontrolable; hoy decimos, tras décadas de beneficios, que debemos parar el uso de combustibles fósiles y andar en autos eléctricos. Tal vez algún día ocurra lo mismo con internet. Quizás evolucione a otra cosa, algo universal.



# Cenedith Herrera

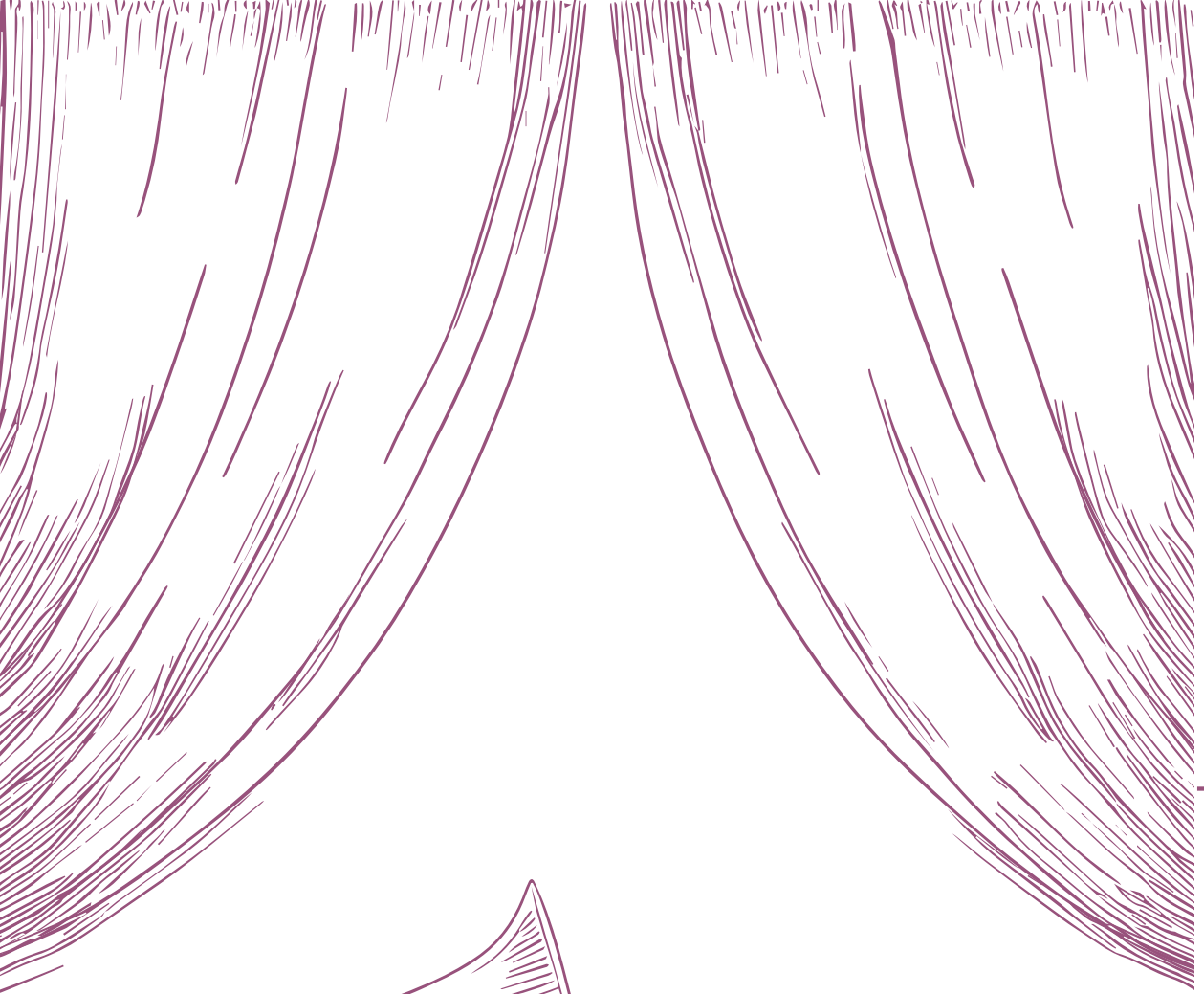


Foto: archivo personal.

---

(Medellín, 1981). Historiador de la Universidad Nacional de Colombia. Autor de libros y artículos sobre la historia local del municipio de Caldas, Antioquia, así como de artículos sobre la historia del teatro y de las diversiones públicas en el Medellín de 1890 a 1950. Actor, titiritero y músico. Algunas de sus ficciones han sido publicadas en el suplemento *Generación*, de *El Colombiano* (mención Tercer Concurso Nacional de Cuento 2011); la *Revista Universidad de Antioquia* (2021-2022) y en *Cuadernos del Hipogrifo*. Su libro, *El tiempo y otras despedidas*, fue ganador de la Convocatoria Pública a la Creación y Circulación del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia, en 2018. En la actualidad es Líder de Patrimonio de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina, adscrita a la Alcaldía de Medellín.

**Mi primera  
vez como actor  
de teatro**





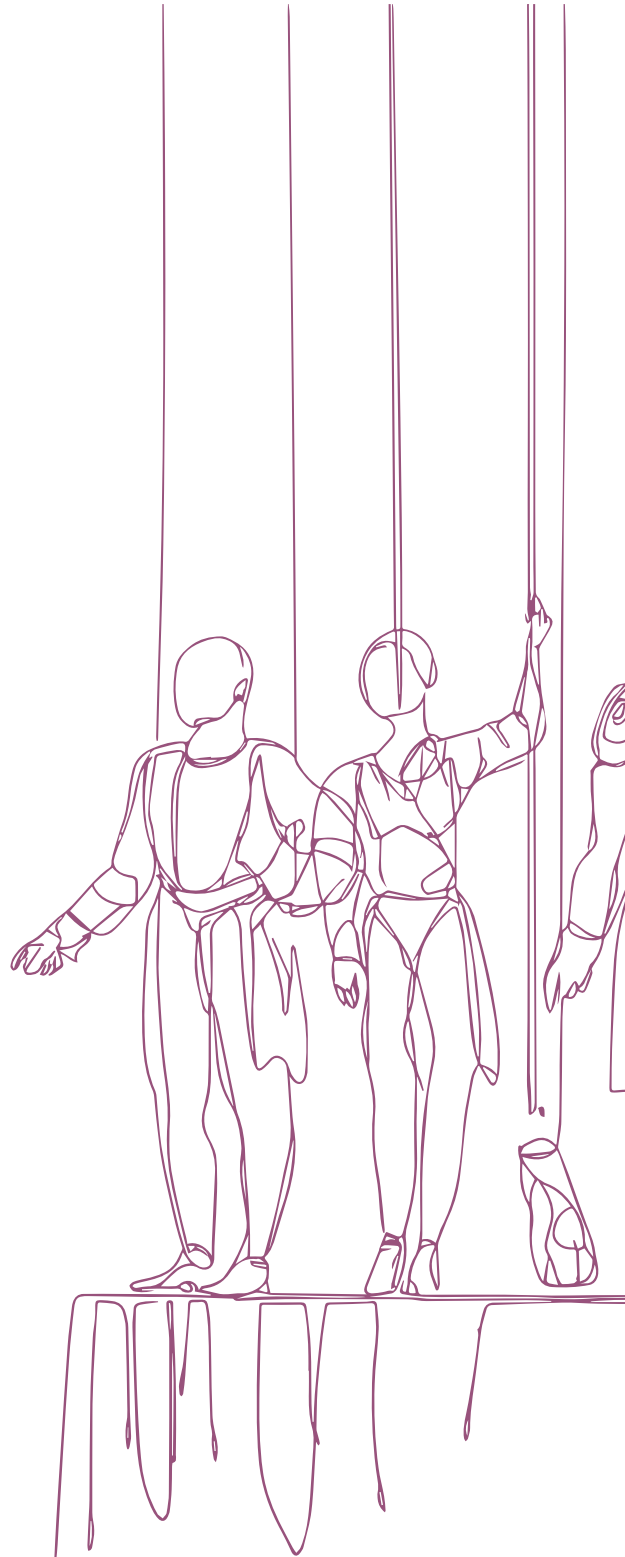
---

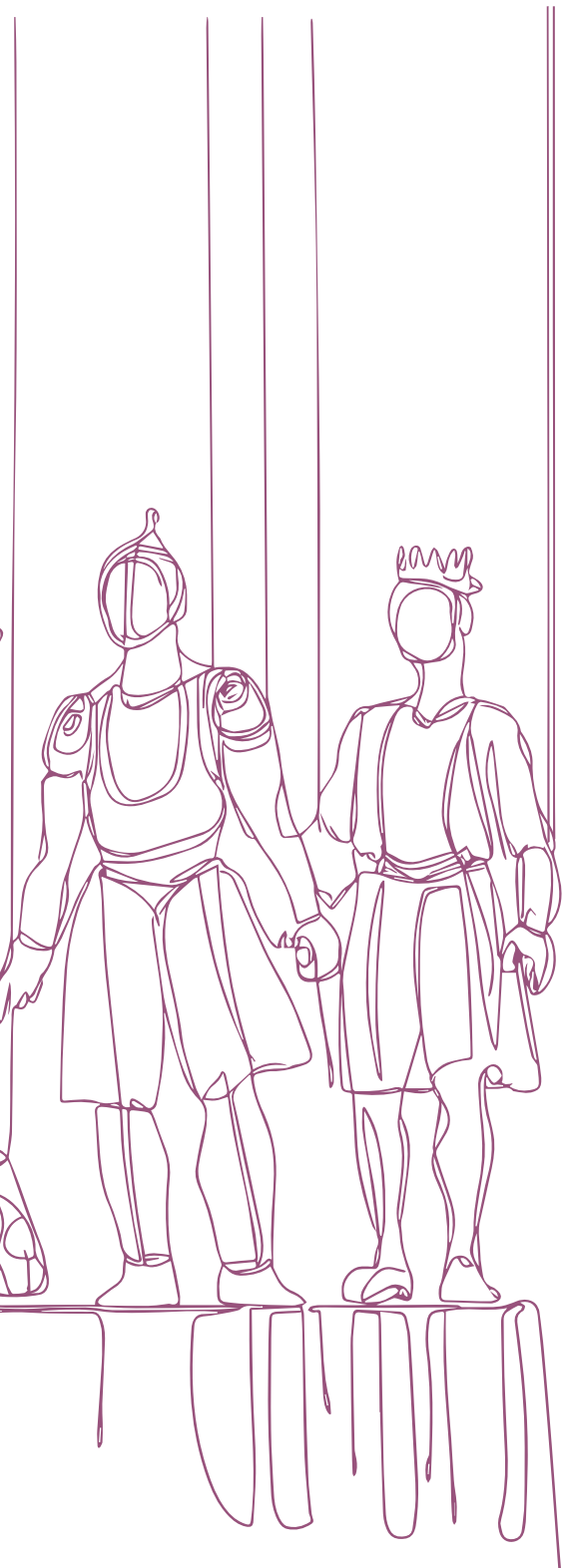
**F**ue hace ya bastante tiempo que descubrí el teatro y las inmensas posibilidades que ofrece para ser otros, ponerse en la piel de otros seres y hablar con sus voces. Tenía 8 años y era visitante asiduo de la Biblioteca Municipal Francisco José de Caldas, al sur del Valle de Aburrá, que compartía espacio con la Casa de la Cultura Caldas, Antioquia. Como en un sueño, una mañana me asomé por las rendijas de una de las puertas aledañas al escenario y vi una luz iluminando el centro...

Ya en la escuela, recibimos la invitación para hacer parte de los semilleros artísticos de los talleres que ofrecía la Casa de la Cultura. Me inscribí, sin dudar, a los talleres de teatro. Allí conocí a los integrantes del TIC-TAC (Teatro Infantil Caldas-Teatro Adultos Caldas) y comencé el camino de formación de la mano, sin saberlo todavía, de Stanislavski, Meyerhold, Brecht, entre otros, teniendo como fuerza el trabajo de la voz y el cuerpo.

Nos entregamos entonces a la creación de puestas en escena del teatro infantil y fuimos asiduos visitantes del Festival de Teatro Infantil de Marinilla, a la par que hacíamos parte de la programación del festival de teatro local y los festivales metropolitanos, organizados en las décadas de 1990 y 2000 en el Valle de Aburrá. Asistimos también a procesos de formación con otros pares, resaltando la maravillosa experiencia con el Colectivo Teatral Maticandelas y algunos de sus actores, a quienes agradezco su buena voluntad con quienes apenas nos iniciábamos en las tablas.

Andado el tiempo, llegó la dramaturgia... Y construí, a partir de la experiencia acumulada, mis propias obras para llevar a escena, la mayoría de estas en compañía de los actores y actrices de Luna Mágica y Titea Valeria, ambos grupos de Caldas; con este último pudimos experimentar la técnica de los títeres, en combinación con actores de carne y hueso. Otra experimentación llegó con Arsénico Teatro, donde un grupo de jóvenes liderados por Juan Jacobo Franco nos dimos a la tarea de dar a Caldas y al Valle de Aburrá un teatro «corrosivo», una propuesta en la que mezclábamos actuación, video y danza, y que puso en escena voces que ponían el dedo en la llaga y nos





hacían reflexionar sobre los acontecimientos de finales de la década de 1990. De aquella época continúa aún activa Olga Lucía Callejas con el Colectivo Ojibrotadas de Medellín y su propuesta estético-política. También sigue activo Juan Camilo Porras, actor profesional de la Universidad de Antioquia, director de Casa Naranja, una alegoría para identificar a la Casa de la Cultura de Caldas, nuestra casa, y la que sigue siendo la casa de todos.

En todo este proceso fue muy importante el acompañamiento de Gladys Arrubla Sánchez, Juan David Roldán, Lina Jaramillo y Martha Lucía Patiño, todos actores del TIC-TAC, que nos llevaron de la mano por un camino que evitó a toda costa que muchos niños y jóvenes de Caldas fueran tocados por el fenómeno del narcotráfico y sus espejismos. Y con ellos, también, el acompañamiento de Josué Sánchez Rico, su director.

Fui muy feliz en ese camino... Y descubrí en esa andadura que el teatro nos salvó la vida y nos dio la posibilidad de contar, con el cuerpo y con la voz, historias que alegraron la vida de los espectadores. Y soy muy feliz ahora, recordando que, como en un sueño, una luz iluminando el centro del escenario, me llevó a recorrer el camino del teatro.

# Harold Trompetero

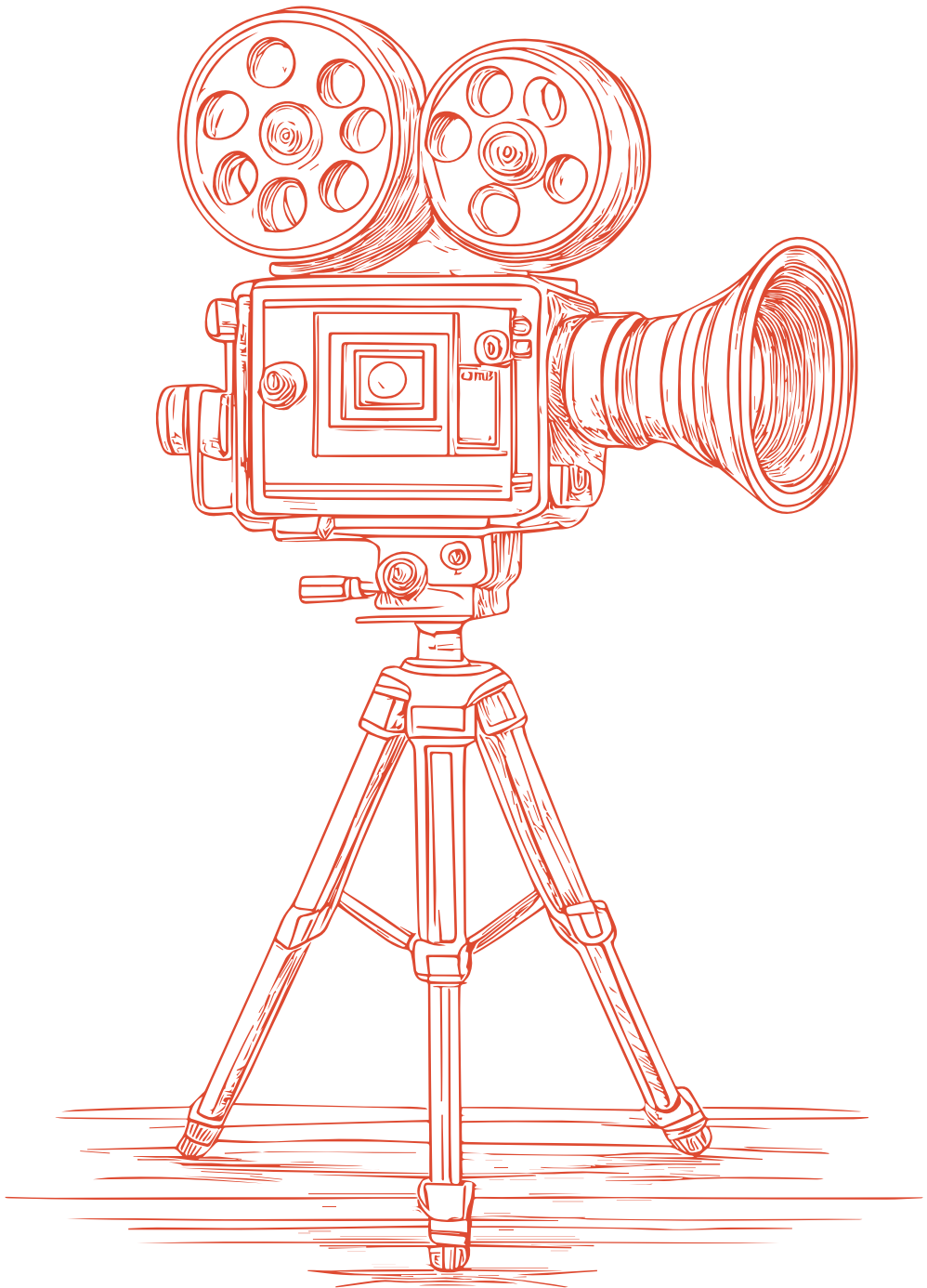


Foto: Carlos Arango.

---

(Bogotá, 1971). Guionista, director de cine y televisión, y autor de seis libros, entre ellos, *Manual del buen pirobo*, *Espiral*, *Todos los domingos son el fin del mundo*, *Palabras que se lleva el mar*. Ejerció como director creativo por tres años en la Agencia Leo Burnett en Bogotá y en Siboney (Estados Unidos) por cinco años, en Nueva York. Ha recibido premios en distintos festivales de publicidad, entre los que cuentan un León de Oro en Cannes.

**Me empeliculé**



---

**M**i cita con el cine fue rara. Yo nunca quise hacer películas, mis detractores dicen que se nota. Siempre estuve al margen de la cinematografía convencional. Mis compañeros de universidad veían tres o cuatro películas al día mientras yo me dedicaba a vivir, a observar, a escribir y a hacer videos. Para mí el cine siempre ha sido una necesidad de expresión, de comunicación, de decir algo. Terminé haciendo películas porque tengo dislexia. Mi sueño siempre fue ser escritor, pero se me dificultaba escribir, tengo mala ortografía, problemas de redacción y de gramática. Es paradójico, pero la mayoría de los escritores sueñan con ser cineastas y los cineastas soñamos con ser escritores.

Cuando era joven mi papá me regaló una cámara. Él trabajó como productor de campo de algunas películas en los años 70, entre ellas algunas de Tarzán a las que les hacía la escenografía, y se volvió mi mecenas. Con esa cámara empecé a hacer videos de bodas, de cumpleaños, de Día del Padre, videos para mis novias, etcétera; eran videos caseros, pero en la universidad los cataloga-

ban como videoarte y me empezó a ir bien, tanto que me mandaron a estudiar cine a San Antonio de los Baños, la escuela que estaba de moda por esa época. Así fue como producir películas se volvió una obsesión y terminé haciendo *Diástole y Sístole*.

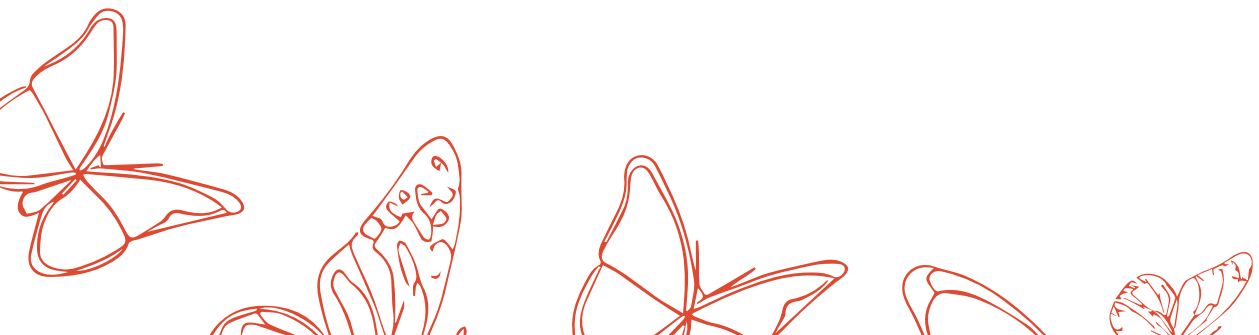
La primiparada que cometen la mayoría de los realizadores es pensar que van a hacer su obra maestra y que van a tener millones para producirla. Y así empecé yo, escribí un guion que realizarlo costaba esta vida y la otra. El productor empezó a buscar el dinero que necesitábamos, tocó puertas en petroleras, licoreras, buscó a todos los jeques...

Precisamente, cuando estábamos buscando los recursos para *Diástole y Sístole*, tuve que ir a México por mi trabajo de publicista y el productor de la película me dijo que me iba a conseguir una cita con Gabo. «Vaya y lo convence de que nos ayude a conseguir el dinero que nos hace falta, él le ha dado la plata a *La gente de la Universal*, a *La estrategia del caracol* y a otras. Además, él tiene la escuela de San Antonio de Los Baños», recuerdo que me dijo.

Él le mandó el guion, no sé cómo lo logró, me dio el teléfono de la casa de Gabo para que lo llamara a concretar la cita. Llamé y me respondió la asistente y le dije: «Habla Harold Trompetero, de Colombia. La llamo porque me quiero entrevistar con Gabriel García Márquez,

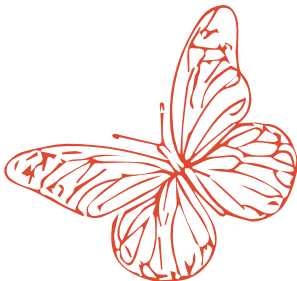
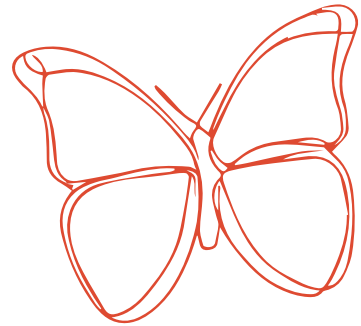
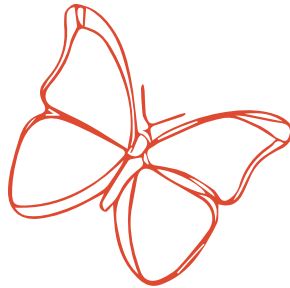
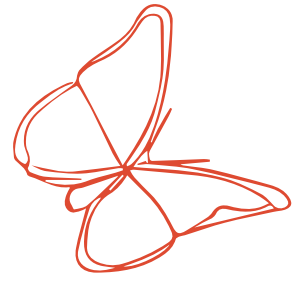
él ya tiene el guion de mi película». Mientras le hablaba me sudaban las manos, estaba realmente asustado. Ella me dijo: «Déjeme cuadro y le aviso qué hacemos». Colgué y a los diez minutos sonó el teléfono, era la asistente de Gabo. Me dijo: «Mañana a las 4:00 p. m. lo espera el señor Gabriel García Márquez en su casa, en San Ángel». Yo no lo podía creer, colgué y metí un grito que se oyó hasta la recepción del hotel: «¡Me va a recibir Gabo!». Era como el susto máximo. Llamé al productor y le conté, preparamos una corta presentación.

Al día siguiente me levanté temprano y le dije al chofer que fuéramos a buscar la dirección de la casa de Gabo, quería saber exactamente dónde era para no tener ningún problema en la tarde ni llegar retrasado. Hicimos toda la logística, es más, nos quedamos cerca de la casa del Nobel esperando a que fuera la hora de la cita. Efectivamente llegué a las cuatro de la tarde. Me abrió una señora, que seguramente era la empleada, y me hizo seguir. Después apareció la asistente y me hizo pasar al estudio. No podía creer que yo estaba ahí, viendo todo el *background*, sus libros, el sitio donde escribe sus novelas, el patio de la casa. Esperé cinco minutos registrando todo, como si mis ojos fueran una cámara.

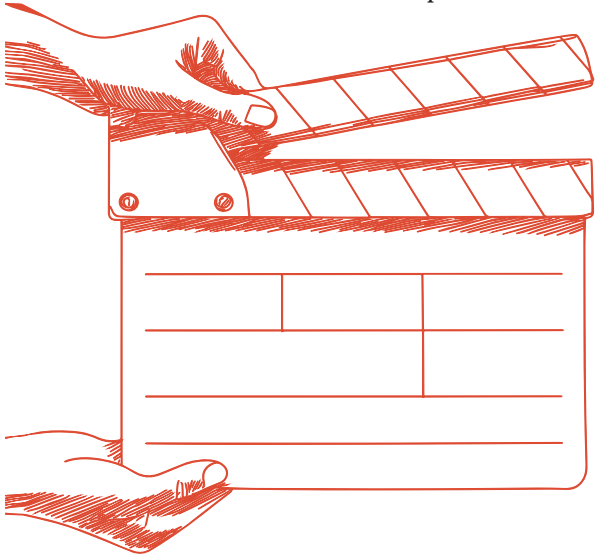


### Me empeliculé

De repente, apareció Gabo. No sabía qué decirle, en ese momento se me borró la mente. En un segundo pensé, cómo le digo: «Gabo, maestro, ídolo...». Y lo único que se me ocurrió fue: «Mucho gusto, don Gabriel». Él se rompió de la risa y me dijo: «A mí me llaman de todas formas, Gabo, Gabito, pero nadie me había dicho don Gabriel». Hablamos y le conté por qué había ido a verlo, él me miraba y me escuchaba con atención. Conversamos un rato de cine, de literatura, de arte. Finalmente me dijo: «Le voy a ser muy sincero; a mí me llegan miles de novelas, de guiones y de textos para leer, y sinceramente no me puedo tomar el trabajo de leer todo; pero cuando me dijeron que usted había mandado este guion y que estaba acá, decidí citarlo porque no me iba a morir sin la dicha de conocer a un tipo que se llamara Trompetero».



Le conté que mi apellido venía de una herencia indígena. Cuando llegaron los españoles a Colombia pusieron a los indígenas en orquestas de evangelización y les cambiaban el nombre por el instrumento que les enseñaban a tocar: trompetero, flautista y a algún tata, tata, abuelo mío le tocó ser Trompetero.



Todo este cuento va a que finalmente Gabo ni leyó el guion ni nos ayudó con la financiación de la película, pero puedo decir que tuve la dicha de estar sentado un rato con él, en su estudio, hablando de cine y riéndonos. Fue honesto al decirme que no tenía ninguna intención de leer el guion, pero que igual me deseaba suerte. Años después me lo volví a encontrar en Cartagena, donde tenía una proyección de *Violeta de mil colores* y él asistió y nos saludamos. Pero nunca tuvimos una relación más allá de eso. Como cineasta y escritor me dolió mucho su muerte, Gabo fue un hombre que

puso a pensar a los colombianos en imágenes con su magistral escritura y su afinado sentido del humor.

Y hablando de humor y de primeras citas, yo siento que una cita que tenemos pendientes los colombianos es con el humor. Nosotros tenemos un humor muy enfermo, basamos nuestro humor en reírnos del otro, de sus defectos, de sus incapacidades, de sus preferencias. El humor político está basado en criticar y menospreciar al otro, en hacer énfasis en sus defectos físicos y burlarse de sus debilidades, y no en confrontar de una manera realmente inteligente. Nuestro humor, lamentablemente, está basado en el *bullying*, en el matoneo. Eso viene mucho de la historia clasista de nuestra sociedad, del resentimiento, los criollos tenían una forma de menospreciar; por ejemplo, Bolívar se burlaba de los pastusos.

El auge del humor en el cine, por ejemplo, está en decadencia. Reducir el humor es superimportante, es una cita que como creadores tenemos que cambiar. A mí encanta la comedia y siento que el cine es un catalizador. Esas primiparadas que cometí me abrieron los ojos y me llevaron a buscar proyectos viables y películas con un enfoque claro de impactar al público, de hacer que vayan a las salas de cine y con unas dimensiones muy medidas para nuestra industria. Eso a veces no les gusta mucho a los críticos y lo entiendo.

Recuerdo que cuando llevamos *Diástole y Sístole* al Festival de Cine de Cartagena, era un total desconocido, me hospedaron en un hotel lejano en el que nadie se quedaba y

pusieron la película en tercera línea de programación. Sin embargo, el público recibió muy bien la película y terminó ganándose varios premios. En ese entonces, el director del jurado me dijo:

—Tú te ganaste el premio más grande que uno puede tener y es el de la voz de Dios—.

—¿La voz de Dios? —le pregunté.

—Sí, es la voz del público —me dijo.

Desde entonces siempre he estado con el público, a veces lo he defraudado lo reconozco, pero casi siempre me lio con él.

Cualquier proceso creativo nuevo es una primera vez, es como empezar de nuevo, volver a nacer. No llevo la cuenta de las películas que he hecho, pero cada vez que me enfrento a una cámara o a escribir un libro —porque también lo hago—, siento el mismo miedo de la primera vez. El miedo es el principal motor de la vida, de la existencia, y el trabajo del cineasta es el acto de vencer el miedo. Picasso tenía una frase muy bella: «Yo hago lo imposible porque lo posible lo hace cualquiera».



# Carlos Andrés Gómez Rodas

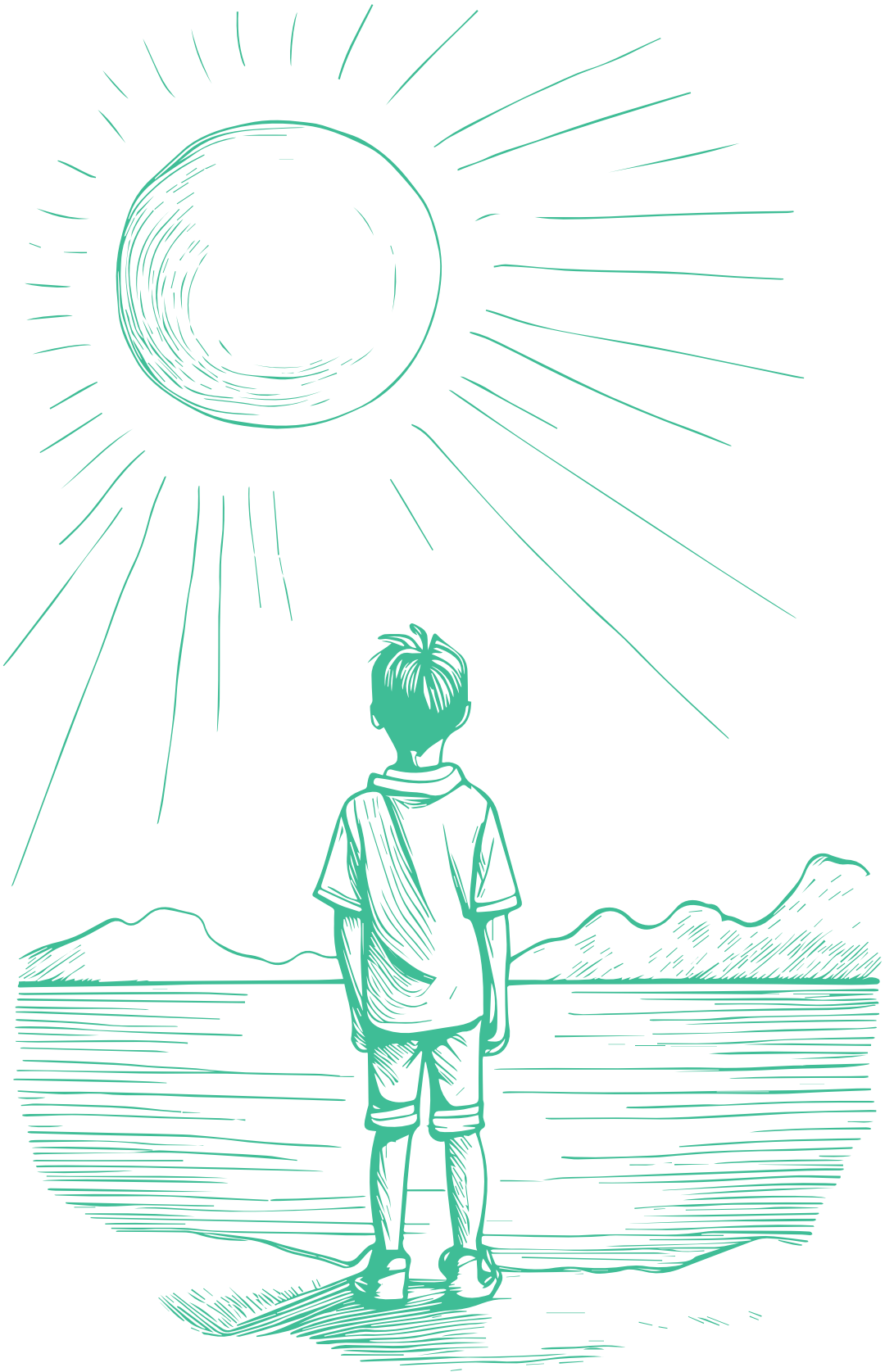


Foto: archivo personal.

---

(Medellín, 1989). Carlos Andrés Gómez Rodas es doctor en Filosofía y licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB). Es profesor del Studium Generale Beatus Pius IX y ha sido docente investigador en varias universidades de Colombia, como la UPB, la Universidad Santo Tomás y Eafit. Es director del Grupo de Investigación Social Solidaridad y miembro del Grupo de Investigación Filosofía posmetafísica y escepticismo de la Universidad Tecnológica de Pereira. Es autor del libro *Nicolás Gómez Dávila frente a la muerte de Dios* (Editorial ITM, 2020).

**El país más  
hermoso del  
mundo**



---

**E**se gran escritor que fue Gilbert Keith Chesterton, y, a quien, según Borges, siempre hay que citar, comienza el primer capítulo de su autobiografía aludiendo a hechos que podríamos denominar *de fe*. De fe natural, por lo menos, pues el mismo protagonista no tiene memoria al respecto, sino que se ha confiado en lo que otros le han narrado. Con su particular humor e ingenio, el brillante escritor inglés nos da la bienvenida, con las siguientes palabras, a un magnífico relato sobre su propia vida:

Con esa reverencia y credulidad ciega que me son tan características cuando del prestigio y de la tradición de mis mayores se trata, me he tragado —sin rechistar y casi supersticiosamente— un cuento que no me fue posible comprobar, a tiempo, a la luz de la experiencia del juicio propio. Me hallo, por tanto, firmemente convencido de que nació el 29 de mayo de 1874, en Campden Hull (Kensington) y fui bautizado con arreglo al ritual de la iglesia anglicana, en el pequeño templo de San Jorge, frente por frente a la gran torre de los Waterworks, que dominaba esa altura.

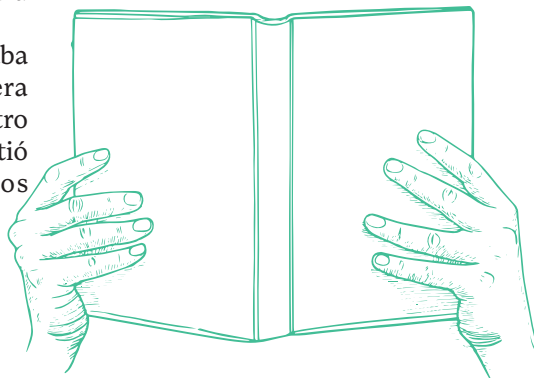
Este fragmento, que hace ya parte de los grandes clásicos de la literatura universal y de las joyas de los chesterianos o chesteronianos de todo el mundo, podría ser el inicio de una crónica titulada *Mi primera visita a una iglesia*, y no estaría nada mal incluir dicha crónica en este texto dedicado a las primeras veces. Pues bien, la primera vez de la que quiero hablar en esta oportunidad no me exige más que una cierta fe o confianza en mi propia memoria. No tengo manera de comprobar que esté en lo cierto, y, así como yo he decidido confiar en lo que mis recuerdos me entregan con la mayor generosidad de que son capaces, les pido a los amables lectores que den crédito a lo que, en las líneas que siguen, encontrarán.

La memoria, cuya fidelidad es caprichosa e intermitente, me indica que el primer libro que leí, teniendo entre seis y siete años, fue *El país más hermoso del mundo*, del escritor, periodista y diplomático colombiano David Sánchez Juliao, nacido en Santa Cruz de Lorica, Córdoba (Colombia), el 24 de noviembre de 1945, fiesta litúrgica de San Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia, y aniversario 89 de la publicación de *El origen de las especies* de Charles Darwin (y sepan disculpar mi incontrolable afición por las efemérides). Fue ese libro el que puso en mí una semilla de amor por la literatura, cuyos frutos, entre otros, fueron mis estudios de Licenciatura en Filosofía y Letras.

Precisamente, cuando comenzaba el octavo semestre de esa carrera que todos los días amo más, nuestro querido David Sánchez Juliao partió hacia la otra vida que muchos

negarán o cuya existencia les genera serias dudas, pero que, para este servidor, es un hecho, una realidad tozuda y concreta como el pan del desayuno, el cuerpo de la mujer amada y las piedritas que uno chuta cuando va por la calle y juega a ser futbolista. Ese miércoles 9 de febrero de 2011 —fiesta litúrgica de Santa Apolonia, abogada contra dolores de dientes, y, por cierto, fecha en la cual se celebra en Colombia el Día del Periodista—, le dije un hasta luego a David, y, nuevamente, le di las gracias por ese libro que publicó en 1989, que me marcó la vida.

Estoy convencido de que la primera experiencia de lectura suele ser un evento muy significativo en la vida de cualquier persona, que deja una marca indeleble en su vida, y, en no pocos casos, influye en su desarrollo personal y académico. *El país más hermoso del mundo* es un relato breve que, a primera vista, puede parecer tan solo una historia simple sobre la vida en el Caribe colombiano. Sin embargo, bajo su aparente sencillez, se esconde una profunda reflexión sobre la identidad, la belleza y la percepción de la realidad. Sánchez Juliao, con su estilo característico y su aguda observación social, nos transporta a un mundo en el que la inocencia y la pureza de la visión infantil contrastan con la cruda realidad de la vida cotidiana en un país, donde, muchas veces, no es fácil vivir.



Ya que no me gusta hacer esfuerzos que otros han hecho por mí y que soy seguidor del fraile franciscano medieval Guillermo de Ockham solo en aquello de que «no hay que multiplicar entes sin necesidad», me limito a citar directamente la síntesis que aparece en la contraportada del libro, para dar una idea de su trama a quienes no lo conocen:

Lalo y Tala emprenden un viaje en compañía del Sol. Visitan los doce meses del año, que son doce países diferentes. Descubren que cada mes es distinto de los demás, y que cada uno tiene algún encanto especial. Doce fantásticas aventuras comparten Lalo y Tala con los habitantes de Enero, de Febrero...

Así de sencillo. Los papás de Lalo y Tala, que eran muy amigos del Sol y de la Luna, secundando el deseo de sus hijos, le piden permiso al Sol para que los dos niños pasen las vacaciones a bordo de él. Recuerdo que la primera imagen del papá de Lalo y Tala me encantó, soñé que mi vida, algún día, podía ser como la suya. Se me quedó muy grabada la imagen, y, de modo insospechado, aunque no me considere escritor —porque la palabra es muy grande— terminé replicando lo que Sánchez Juliao describió en menos de tres líneas: «El papá era escritor, y no salía a trabajar, pues los escritores no tienen oficina, sino que trabajan en la casa».

Casi dos décadas más tarde, mi querido maestro Gonzalo Soto Posada, en la Universidad Pontificia Bolivariana, me enseñaría aquel famoso fragmento de las célebres

*Partidas* en el que Alfonso X, el Sabio, exhortaba a los estudiantes universitarios a «que finquen sosegados en sus posadas, e que punen de estudiar e de aprender, e de fazer vida honesta e buena». Esa vida tranquila y serena del académico, del hombre de letras que, en lo reposado de su morada estudia, piensa y escribe, me convocó desde muy temprano por intermedio del papá de Lalo y Tala, que era escritor, no tenía oficina y trabajaba desde su casa.

Me encantó que, en esta magnífica obra literaria, los meses fueran países, es decir, que el tiempo se transformara en espacio, así, por arte de birlibirloque y sin tantas disquisiciones filosóficas ni citas de la *Metafísica* de Aristóteles o de *La crítica de la razón pura* de Kant. No me cabe duda de que, desde esos días en que leí, fascinado, *El país más hermoso del mundo*, viaje por los meses del año con la seguridad de que estoy recorriendo el territorio particular de un pueblo hermano con una identidad definida y con los brazos abiertos para acogerme; cada día es para mí una región particular; cada hora es una esquina, un rinconcito, un paraje definido donde me tomo un café, charlo con un lugareño o tomo fotografías. No tengo nada contra esos viajes que se hacen tomando un avión y cargando maletas, pero a mis 6 o 7 años, de un modo muy bello, David Sánchez Juliao me enseñó que «el país más hermoso del mundo es el año».

Desde la  
**biblioteca**

Se terminó de imprimir en Divegráficas S.A.S en octubre de 2024.